

Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Detector de maldad

¿Será posible que, igual que existe un «detector de mentiras» exista un «detector de maldad»? Uno de los jefes del Servicio Secreto de Lapoland insiste en que sí existe, y que un agente de la CIA desaparecido le estaba ayudando a él y a sus amigos a aplicar dicho detector al Presidente de Lapoland, que creen es malvado. Baby decide investigar el asunto a la vez que busca a su compañero desaparecido.



Lou Carrigan

Detector de maldad

Brigitte en acción - 282

Archivo Secreto - 260

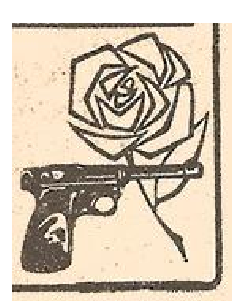
ePub r1.0

Titivillus 06.10.17

Lou Carrigan, 1979
Diseño de portada: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo primero

—Es una lástima que todas estas cosas no puedan publicarse —refunfuñó Miky Grogan, director del matutino neoyorquino *Morning News*—. A buen seguro que conseguiríamos unas tiradas que serían la envidia de todos los periódicos de la nación.

Brigitte Montfort sentada frente a él en uno de los sillones del salón de su apartamento en el *Crystal Building* de la Quinta Avenida de Nueva York, sonrió, y movió la cabeza con un gesto de quitarle importancia al asunto.

—En cierto modo, tiene usted razón, Miky —asintió—. Pero, realmente, la publicación de lo sucedido estas últimas semanas, durante las maniobras de la OTAN en Europa, y ese descabellado asunto de intentar matar al coloso que es Estados Unidos, están mejor sumidos en el silencio.

—Quizá —se resistió a aceptar Miky Grogan el buen sentido de la espía internacional—. Pero como director de un periódico me gustaría muchísimo poder ofrecerles esas historias al público.

—Pues en cuanto a mí —dijo Frank Minello, que estaba sentado en el sofá, junto a Grogan—, me conformo con que, por fin, Brigitte haya vuelto a casa. Cada vez pasa más tiempo fuera de Nueva York.

—Seguramente lo hace para no escuchar tus malísimos chistes —sonrió aviesamente Grogan—… Si yo pudiese hacerlo, también me marcharía bien lejos de tu pretendida ingeniosidad, Frankie.

—Usted lo que me tiene es una envidia tremenda y un rencor pavoroso porque Brigitte, cuando llega de uno de sus viajes, a quien primero llama y va a ver para llenarlo de besos es a mí —replicó Minello.

—¡Llenarte de besos! —bufó Grogan—. Ya has vuelto a tener otro de tus estúpidos sueños eróticos.

—No, señor —protestó Minello—. Los sueños eróticos que tengo relacionados con Brigitte no son aptos para oídos como los suyos.

—¿Y para los míos, Frankie? —sonrió Brigitte Baby Montfort.

—Menos todavía —se sobresaltó Minello.

—¡Caramba! —Movió la cabeza Brigitte—… Francamente, me parece que debes tener unas pesadillas terribles.

—¡Nada de pesadillas! —exploto Minello—. Son unos sueños maravillosos. Durante ellos resulta que tú y yo estamos solos en una isla tan pequeña, tan pequeña, tan pequeña, que solamente podemos estar tendidos en el suelo uno junto al otro.

—Si tan pequeña es —intervino Grogan—, no creo que se pueda estar echado en el suelo, Frankie. Querrás decir que tenéis que estar los dos de pie.

—No señor. La isla es tan estrecha que no permite que dos personas estén de pie al mismo tiempo. Tienen que estar tumbadas.

—De acuerdo —alzó las manitas Brigitte—… Sueñas que estamos los dos solos en una isla, y que tenemos que estar echados uno junto al otro. A mí me parece que Miky tiene razón en eso de que podríamos estar de pie, pero en fin… ¿Qué hacemos cuando estamos tumbados, Frankie?

—Nada malo.

—Menos mal —suspiró la divina espía—… Por un momento, temí que tu erotismo se hubiese… desbordado.

—No se desborda. Simplemente, es erotismo.

—Bueno, pero, ¿a qué llamas tú nada malo? —preguntó Grogan.

—¡Zambomba! Pues yo llamo nada malo a amarse intensamente.

—Eres un sinvergüenza —gruñó Grogan.

—¿Por qué motivo? ¿Acaso el amor es algo malo? —Minello miró, suplicante, a Brigitte—. ¿A ti te parece que el amor es algo malo, Brigitte?

—No, Pero estoy de acuerdo con Miky en que eres un sinvergüenza. Si no fuese porque temo que te salgas de los cauces elegantes, te pediría que nos contases con detalle esos sueños eróticos. Pero, por otra parte, soy perfectamente capaz de imaginármelos.

—Estoy seguro de que sólo una mínima parte —dijo Minello—… ¿Quieres que te cuente, con todo detalle, uno de los mejores sueños eróticos que he tenido, relacionados contigo?

Brigitte Montfort se quedó mirando atentamente a Minello, con expresión de cómico espanto. Expresión que en nada deformaba la

dulce belleza de la periodista más famosa del mundo, que tenía en su haber el premio Pulitzer norteamericano… y que, al mismo tiempo, era la espía internacional de más altos vuelos y efectividad que jamás había militado en las filas de la CIA.

Secretamente, por supuesto. Mientras que todo el mundo sabía que la señorita Brigitte Bierrenbach Montfort, residente en Nueva York, estaba contratada en exclusiva para el diario *Morning News*, muy pocas personas conocían que, cuando la ocasión lo requería, la misma dulce, simpática, delicada y elegante señorita Montfort, se convertía en la más peligrosa e implacable espía del mundo.

—Francamente, me da un poco de miedo escucharte, Frankie. Mejor que no nos cuentes nada.

—¡Pero si es la mar de divertido! —protestó Minello.

—¿Divertido? —Medió de nuevo Miky Grogan—. ¿Cómo puede ser divertido un sueño erótico?

—¡Hombre, ahora irá usted a decirme que el erotismo es una cosa triste! —farfulló Minello—. En lo que a mí respecta, lo encuentro divertidísimo. Verás, Brigitte Una de estas noches he soñado que estábamos los dos solos en esa isla estrechita y pequeñita, y tumbados en el suelo, y que tú me decías: Frankie, tengo calor, quítame toda la ropa, por favor…

—Ya empezamos —bufó Grogan.

—¿Se quiere usted callar, negrero? —Le miró furiosamente Frankie—. Le estoy explicando un sueño a Brigitte. Bueno, como iba diciendo, tú, Brigitte, me decías que tenías mucho calor, y que querías que yo te quitase la ropa. A lo cual, naturalmente, accedí de mil amores. Así que quedaste desnudita delante de mí, y mirándome con esos ojazos azules, tan hermosísimos, con un gesto todavía de súplica…

—Éste me parece que se dedica a soñar despierto —intervino de nuevo Grogan.

—Sueño como me da la gana —replicó de nuevo furiosamente Minello—. Y haga el favor de callarse o le explico el sueño erótico que tuve con usted.

—¡Mi madre! —Respingó Grogan.

Brigitte se echó a reír, tomó la copa de champaña con guinda que tenía en una mesita cerca de ella, y bebió un sorbito. Luego volvió a mirar cariñosamente a Frank Minello.

—Me parece que será mejor que dejes el sueño erótico con Miky. Sigue contando el mío… Hasta que a mí me parezca que vas demasiado lejos.

—No, no… Te aseguro que no fui lejos. Entre otras razones porque la isla era tan pequeñita…

Brigitte se echó a reír y Miky Grogan refunfuñó algo por lo bajo, irritado porque Minello había conseguido por fin lo de siempre: hacer reír a Brigitte.

—Bueno —dijo ésta, todavía riendo—, pero aunque la isla fuese pequeñita… o mejor dicho, precisamente porque la isla era pequeñita, permitía los sueños eróticos. Sigue contando, por favor.

—Bien. Yo te había quitado ya la ropa y tú estabas desnudita delante de mí, tan hermosísima con esa piel tan fina, que parece un rayo de sol moldeado como mujer…

—Le dijiste al sol que me calentara un poco más —sonrió Brigitte.

—No, no. Era de noche, así que no podía llamar al sol. Entonces se me ocurrió la gran idea de mi vida. Comencé a darte besos por todo el cuerpo, y te fuiste calentando tanto, tanto, tanto, que al final me rodeaste con tus brazos de mármol y de seda, y me dijiste…

—Suficiente —se irguió Brigitte, con gesto alarmado—. Ya es suficiente, Frankie.

—Pero, mujer, si ahora llegamos a lo mejor.

—No sé si será mejor para ti. Pero me parece que estás entrando en un terreno sobre el cual ya sabes que no me gusta hacer comentarios.

—Bueno… De todos modos, aunque dicen que los sueños, sueños son, yo lo viví tan intensamente, que fue como una realidad. Y pase lo que pase, nadie podrá ya arrebatarme nunca el placer que sentí cuando…

—¡Frankie! —Casi alzó la voz Brigitte, mirándolo severamente.

—¡Qué demonios! —refunfuñó el jefe de la Sección Deportiva del *Morning News*—. Para una vez que tengo un sueño que vale la pena, yo reviento si no acabo de explicarlo.

—Pues, como digas una sola palabra más sobre ese sueño…

En ese momento sonó el timbre de la puerta del apartamiento, y Brigitte dejó sin terminar una frase cuyo tono era, por otra parte,

indudablemente amenazador. Se quedaron los tres silenciosos, oyendo las pisadas de Peggy, la doncella de Brigitte, por fuera del salón, por el amplio pasillo que desde la zona de servicio del apartamiento conducía hacia la puerta de éste.

A los pocos segundos, Brigitte sonrió y miró de reojo a Frankie.

—Me parece que llega una visita que no te va a hacer ninguna gracia.

Minello abrió la boca para contestar, pero en aquel momento la voz conocida, que ya había sido captada por el finísimo oído de la agente Baby, llegó también hasta él. Y verdaderamente, el gesto de Minello se ensombreció.

—Desde luego, no tengo suerte en esta vida —masculló—. Estoy aquí con el ogro negrero, y ahora llega el buitre calvo.

El buitre calvo era, como siempre llamaba Minello, en tono de provocación, al Jefe de la agente Baby en Nueva York, Charles Alan Pitzer, que, desde una floristería en la ciudad de los rascacielos, dirigía todo el servicio de espionaje y contraespionaje, en el amplio sector asignado a Nueva York.

Pitzer entró en el salón con gesto ya serio, pero aún se ensombreció más al ver a Minello sentado en el sofá y contemplándole ceñudamente.

—Buenas tardes —saludó con voz un tanto tensa—… Qué tiempo tan infame tenemos, ¿verdad?

—Hay cosas más infames que el tiempo —replicó rápidamente Minello.

Brigitte se había puesto en pie para acercarse a Pitzer, al cual le puso una manita en un hombro y besó en una mejilla.

—Buenas tardes, tío Charlie. No haga usted caso a Frankie, como siempre. Ya sabe que uno de sus mayores placeres en la vida es meterse con usted.

—Procuraré simular que no lo veo ni lo oigo —asintió Pitzer—. ¿Qué tal, Grogan?

—Hola —saludó éste—… ¿Esta es una visita de cumplido o se trata de algo relacionado con la CIA?

Charles Pitzer estuvo un instante mirando fijamente a Miky Grogan. Luego, desvió la mirada hacia Brigitte, que le contemplaba con suma atención, y refunfuñó:

—Ya no puede uno venir a esta casa, sin que inmediatamente se

metan con él. ¿Qué culpa tengo yo de que usted todavía insista en continuar trabajando para la CIA?

—O sea —musitó suavemente Brigitte—, que su visita no es ni de cumplido ni debida a que pasaba por aquí y ha decidido subir a tomar una copa de champaña.

Conteniendo la risa, Peggy dejó de mirar a Minello, que se había tumbado en el sofá, con gesto y actitud de estar soñando cosas realmente maravillosas y sirvió una copa de *Perignon* con guinda a Pitzer. Éste alzó la copa y dijo:

—No voy a despreciar una copa de champaña de usted, por mucho frío que haga. Así que… Un momento: estoy viendo esta botella, y me parece que no es *Perignon* del 55, Brigitte.

—No. Como usted sabe, nuestro amigo *Monsieur Nez*, me envía cada seis meses una buena cantidad de cajas de *Perignon* 55. Es decir, así lo ha venido haciendo hasta ahora. Pero la última remesa es del 67, y alega que la reserva del 55 está comenzando a picarse un poco y en cambio, asegura que la del 67 está en su momento óptimo para ser consumida.

—¡Caramba! —Movió la cabeza Grogan—… Eso sí que es estar atento a tus gustos, Brigitte.

—Los buenos amigos se notan hasta en los pequeños detalles —sonrió la espía—. Bien, tío Charlie, ¿qué es lo que está ocurriendo?

—Ante todo, me parece que será conveniente que lea usted la nota que nos han enviado a la Central para que la traspasemos a la agente Baby —dijo Pitzer, sacando un sobre.

Brigitte sacó el papel que contenía el sobre, lo desdobló, y leyó:

> *Baby: Cabe la posibilidad de que el presidente Manteo sea un auténtico y perfectísimo canalla. Nosotros tenemos el medio de saberlo, así como otras muchas cosas más sobre dirigentes actuales o futuros de todo el mundo. Al mismo tiempo, y en las actuales circunstancias, relacionadas concretamente con el presidente Mantoo, podemos impedir que corra la sangre en las islas Hawai. Puede usted encontrarme todos los días de ocho a diez de la noche en el 108 de Kolowalu Street, en Honolulu, Hawai. Estoy en esta dirección, con el nombre de Spencer Lomax, aunque usted me llamaría, simplemente,*
>
> Simón-Pax

Visiblemente desconcertada, Brigitte alzó la mirada de la carta, y la dirigió hacia Pitzer.

—No comprendo —murmuró—… Yo tengo que interpretar que esta carta, que me llega por medio de la Central, la ha escrito uno de mis Simones. Y muy posible, según interpreto también, por uno de los Simones que en alguna ocasión han trabajado conmigo en la *Sección Pax*.

—Así es —aceptó Pitzer.

—Bien… Pero no comprendo por qué Simón-Pax se hace llamar Spencer Lomax, y mucho menos comprendo por qué para dirigirse a mí lo hace particularmente, es decir, utilizando a la CIA como intermediario. ¿No sería más normal y correcto que él hubiese informado de cualquier cosa que estuviese sucediendo en las Hawai, directamente a la Central, y la Central me hubiese avisado a mí, si mi colaboración era necesaria?

—Evidentemente —asintió de nuevo Pitzer—. Pero, cuino usted ya ha comprendido, su Simón-Pax se ha alojado en el 108 de Kolowalu Street, en Honolulu, con el nombre de Spencer Lomax. Y desde allí, ha enviado una carta a la Central, directa para la agente Baby.

—¿Por qué habrá hecho esto Simón-Pax? —murmuro, reflexiva, Brigitte.

—No tenemos la menor idea. Es muy posible que este muchacho ignore que cualquier misiva o recado de cualquier tipo que llegue para la agente Baby es siempre examinado meticulosamente, desde todos los ángulos, en la Central, y luego transferido a su destinataria, es decir, a usted. Por lo tanto, debemos suponer que Simón-Pax quiere tratar con la agente Baby, sin que la Central de la CIA esté al corriente de ello.

—La verdad, no logro ni siquiera imaginar qué puede estar sucediendo —movió la cabeza Brigitte—… Naturalmente, Simón-Pax no se llama en realidad Spencer Lomax.

—No —negó Pitzer—. Su verdadero nombre es Harry Dillman, y hace dos años y pico que está trabajando fijo en las islas Hawai. Habitualmente, reside en el número 6 de Keiki Lane cerca de la *Hickam Air Forcé Base* y de la Base Naval de Pearl Harbor.

—Es decir, también cerca del Honolulu International Airport —asintió Brigitte—. Sí, conozco un poco ese grupo de casas

construidas en esa zona por debajo del Naval Golf Course… ¿No es por ahí?

—Sí. Ahí es donde, habitualmente, y siempre dentro de las normas y directrices de la CIA, reside el agente Harry Dillman, que usted llamaría simplemente Simón. Un Simón que en esta ocasión se firma, en la nota dirigida a usted, Simón-Pax, y que la cita en el 108 de Kolowalu Street, en Honolulu, diciendo que ha tomado el nombre de Spencer Lomax.

—Bueno, supongo que sería interesante ir a charlar con Simón-Pax —dijo Brigitte, mirando fijamente a Pitzer.

Éste movió la cabeza con gesto negativo.

—Me parece que lo va a tener usted un poco difícil, por la sencilla razón de que Harry Dillman, o Spencer Lomax, como quiera usted llamarlo, o incluso Simón-Pax o simplemente Simón, elija usted el que quiera de los cuatro nombres, ha desaparecido.

—Vamos a llamarlo simplemente Simón-Pax —susurró Brigitte—… Desaparecido no quiere decir muerto, tío Charlie.

—Así es. Nuestros hombres de Honolulu fueron a buscarlo al número 6 de Kaieki Lane cuando, tras repetidas llamadas por la radio, comprendieron que Simón-Pax no iba a contestar. Luego, aún sabiendo que Simón-Pax, con el nombre de Spencer Lomax se había instalado en el 108 de Kolowalu Street, decidieron consultarlo con la Central, antes de ir a buscarlo a esta dirección. Y la Central ha decidido que, puesto que no habían solucionado este pequeño acertijo, era llegado el momento de ponerlo en su conocimiento.

—Es decir, que en la Central han estado reteniendo esta nota, el tiempo que les ha venido en gana.

—Supongo que esto no va a escandalizarla a usted, a estas alturas —sonrió secamente Charles Pitzer.

—No, desde luego. Está bien, Simón-Pax me escribe esta intrigante nota, y luego desaparece. Por supuesto, nos ocuparemos debidamente de esa desaparición. Pero ahora vamos a analizar otro aspecto de esa nota, y es el que hace referencia al presidente Mantoo… Yo debo suponer que Simón-Pax se está refiriendo aquí a Tikaao Mantoo, el presidente de la República Europea de Lapoland.

—Por supuesto. Y estamos todavía más convencidos de que se refiere a él, por la razón de que en estas fechas el presidente lapolandés Tikaao Mantoo, está precisamente en las Islas Hawai.

Concretamente, en Honolulu.

—¡Zambomba! —exclamó Minello sentándose, de pronto, en el sofá—… ¡Yo no había oído hablar nunca de la república de Lapoland!

Brigitte volvió la cabeza hacia él.

—Es un país que se ha formado en el norte de la península escandinava, no hace mucho, Frankie, Tikaao Mantoo es uno de los hombres más representativos de ese país, formado con territorios cedidos por Suecia, Noruega y Finlandia. Deberías estar más al corriente de estas cosas.

—Estoy bastante al corriente —refunfuñó Minello—… Pero prefiero estar al corriente del mundo de los deportes, no de la política y de las guerras.

—Eso es lo que yo llamo dar en el blanco —sonrió Brigitte—. En fin, no sé qué pensar de todo esto… Quizá sea una trampa de Simón-Pax, por supuesto obligado bajo amenazas. O quizás, realmente, él tenga el medio de saber si el presidente Tikaao Mantoo es un auténtico y perfecto canalla. Sea como sea, toda la cuestión, globalmente considerada, me parece interesante. Sobre todo, esto que dice aquí, de disponer de medios para saber que una persona es o no es un canalla.

—¿Qué le sugiere a usted esto? —preguntó Pitzer a Brigitte.

—No lo sé —reflexionó ésta—… ¿Cómo es posible saber quién es o no es un canalla, tío Charlie? Claro, todas estas cosas pueden saberse, mediante una profunda investigación del personaje y de sus actos, pero no parece que Simón-Pax haya tenido grandes oportunidades de investigar en la vida del presidente Mantoo… ¿No le parece?

—Es completamente imposible, puesto que hace más de dos años que Simón-Pax está en Honolulu, y la república de Lapoland no tiene ni mucho menos esa antigüedad. Por lo tanto, debemos decidir que si Simón-Pax está enterado de algo, ha sido por mediación de otras personas.

—Otras personas —murmuró Brigitte, mirando de nuevo la carta— que parece que le han sugerido a Simón-Pax la posibilidad de que pueda correr la sangre en las Hawai, al menos, eso se desprende, creo yo que con bastante claridad, de esta nota.

—¿Va a ir usted a Honolulu o encargamos de esta investigación

a nuestros hombres de allá? —preguntó Pitzer.

—Claro que tienen que hacerla los tipos que están en Honolulu —masculló furiosamente Minello—... Brigitte acaba de llegar, prácticamente, así que no pretenderá usted que vuelva a tomar el avión.

Se quedaron los tres hombres y la rubia y pizpireta Peggy mirando a la espía internacional, que bajó de nuevo la mirada hacia la nota firmada por Simón-Pax.

Una vez más, Brigitte dirigió su mirada finalmente a Charles Alan Pitzer.

—¿Ha traído usted alguna fotografía de Simón-Pax, tío Charlie?

En silencio, Pitzer sacó otro sobre, que entregó a Brigitte, demostrando así que sabía muy bien lo que se podía esperar, en todo momento, de la espía que él mismo había formado, años atrás. Brigitte tomó el sobre, y sacó varias fotografías de diferentes tamaños, unas en color y otras en blanco y negro, todas ellas pertenecientes al hombre llamado Simón-Pax, es decir, auténticamente, a Harry Dillman.

Harry Dillman era un hombre de unos treinta y cinco años, cabellos castaños, ojos oscuros, facciones angulosas y firmes, rasgos viriles e inteligentes, y que, en todas y cada una de las fotografías, ya fuese de lejos, de perfil o de frente, agradó sobremanera a la espía internacional. Ésta volvió a colocar las fotografías en el sobre, devolvió éste a Pitzer, y musitó:

—Voy a ir a Honolulu... Pero no quiero que nadie, y fíjese bien lo que digo, tío Charlie, *nadie absolutamente*, sepa que la agente Baby ha partido hacia las islas Hawai.

—Eso puede ser una imprudencia —murmuró Pitzer.

—Quizá. Pero si se ha de cometer una imprudencia, que sea yo sola quien pague las consecuencias, no mis Simones, que ninguna culpa tendrían, si se tratase de alguna extraña trampa. Por lo tanto, quiero que este asunto de Harry Dillman, es decir, de Simón-Pax, sea totalmente olvidado por todos nuestros hombres, distribuidos en las Hawai. Es decir, que todos deben actuar como si Simón-Pax no existiese ni hubiese existido nunca. Deben olvidar su domicilio habitual en el 6 de Keiki Lane, el del 108 de Kolowalu Street, con el nombre de Spencer Lomax... En fin, deben olvidarlo todo, no vigilar nada, y todos estar ignorantes, por el momento, de que dentro de

unas horas Baby llegará a Honolulu.

Capítulo II

Ciertamente, habría resultado muy difícil saber que la agente Baby acababa de llegar a Honolulu. En realidad, habría sido difícil incluso saber que había llegado la señorita Brigitte Montfort, por la sencilla razón de que no fue ésta quien arribó al Honolulu International Airport, cuarenta horas después de haber sostenido la conversación con Charles Alan Pitzer.

Quien llegó a Honolulu, en el vuelo 79 de la *Transamérica Airlines*, fue la señorita Lili Connors, una rubia preciosa, de grandes ojos verdes y cuerpo espléndido que, apenas puso los pies en tierra firme, se preocupó ante todo de alquilar un automóvil.

Una vez alquilado el coche, la señorita Lili Connors, que por todo equipaje llevaba una maleta y un maletín rojo con florecillas azules estampadas, se dedicó apaciblemente a pasear por la ciudad de Honolulu, como si su viaje obedeciese únicamente a este motivo.

Sin embargo, no era así. El motivo de pasear por Honolulu era, en primer lugar, asegurarse de que, en modo alguno, alguien estaba siguiendo a la señorita Connors. Y al mismo tiempo, dar unas vueltas por el distrito de Waikiki hasta encontrar un lugar que mereció su aprobación para instalarse.

El lugar estaba en Helumoa Street, en los apartamentos Golden Waikiki. En este bonito edificio, rodeado de jardín y con piscina, la señorita Lili Connors alquiló el apartamiento 307, con vistas a Waikiki Beach, y por supuesto a un precio que resultaba prohibitivo *a la* mayoría de las personas.

Lo primero que hizo la señorita Connors, una vez instalada en el lujosísimo apartamiento de los Golden Waikiki, fue llamar por teléfono al señor Harry Dillman, cuyo nombre y dirección constaban en el directorio telefónico. No hubo respuesta alguna. Así que Lili Connors colgó el auricular, se desnudó completamente, se quitó la rubia peluca y las lentillas de contacto de color verde, y

procedió a darse una ducha tibia y relajante, que completó luego con otra, fría y estimulante.

Llevaba en su cabeza, además de la dirección de Harry Dillman en el número 6 de Keiki Lane, otras dos direcciones. Una de ellas era la del propio Harry Dillman, pero con el nombre de Spencer Lomax y alojado en el 108 de Kolowalu Street, en el apartamento 2B. La otra dirección era el número 18 de Kainapau Place, que correspondía, según informes dignos de todo crédito, a una preciosa villa, rodeada de frondoso jardín tropical, entre el cual se podía vislumbrar, con un poco de suerte, las azules aguas de una piscina y la blancura de una bella construcción, amplia y elegante. Allí, según los informes obtenidos directamente por Charles Alan Pitzer de la Central, estaba alojado, durante su residencia en las Hawai, el presidente de Lapoland, señor Tikaao Mantoo.

De todos modos, estas últimas direcciones no le interesaban telefónicamente. La del presidente Tikaao Mantoo porque era absurdo tan sólo pensar en llamar por teléfono al presidente de Lapoland para preguntarle si sabía algo de un agente de la CIA llamado Harry Dillman. En cuanto a la de Lomax, la señorita Lili Connors tenía otra idea, bien diferente, para intentar contacto con el desaparecido agente de la CIA.

No obstante, antes de pensar en poner en práctica su idea a este respecto, todavía llamó otra vez por teléfono al 6 de Keiki Lane.

Tampoco esta vez contestó Harry Dillman.

Por lo tanto, la señorita Lili Connors, que en menos de cuarenta horas había preparado y efectuado el viaje Nueva York-Honolulu, se sentía algo fatigada y un tanto aburrida, decidió borrar de su mente las imágenes del viaje y el cansancio de éste, recurriendo a una buena siesta.

* * *

Pero poco antes del anochecer, la señorita Brigitte Montfort estaba de nuevo convertida en la señorita Lili Connors.

Había pasado ya una vez por delante del edificio 108 de Kolowalu Street, observándolo atentamente. Se alejó, volvió a pasar minutos más tarde, y sus grandes ojos, mirando siempre en todas direcciones, volvieron a fijarse, con gran atención, en todo cuanto,

por insignificante que pareciese a primera vista, pudiera ser digno de renovada atención.

Sus precauciones no dieron resultado alguno. Aparentemente al menos, no había nada cerca del 108 de Kolowalu Street que pudiese inquietar a una experimentada espía.

Así pues, se alejó de nuevo, dejó el coche a unos doscientos metros del edificio en cuestión, y, llevando su maletín rojo con florecillas azules en la mano izquierda, regresó hacia la vivienda que tan discreta e incluso secretamente se había procurado, días atrás, el agente de la CIA Spencer Lomax.

En el vestíbulo del edificio no había nadie cuando la señorita Connors llegó allí. Miró los buzones de correspondencia, y vio los nombres de los ocupantes de los apartamentos, en todos menos en uno. Precisamente en el 2B, *es* decir, el que había ocupado Spencer Lomax y que, evidentemente, o no había tenido tiempo de colocar su tarjeta o no le había parecido necesario. Posiblemente, porque pensaba permanecer muy poco en aquel lugar…

Tras asegurarse de que, en efecto, no había nadie allí que pudiera verla, Lili emprendió la ascensión de las escaleras y, segundos después llegaba al segundo piso, donde había las puertas correspondientes a cuatro apartamentos. Se detuvo ante el 2B, aplicó una orejita a la madera, y estuvo escuchando unos segundos.

Silencio.

Un silencio tan absoluto que la agente Baby no tuvo la menor duda de que el apartamento estaba vacío. Sacó su juego de ganzúas del maletín, eligió rápida mente una de ellas, la introdujo en la cerradura, y prácticamente en un abrir y cerrar de ojos, pudo abrir el pestillo. Entró en el apartamento, cerró silenciosamente la puerta tras ella, y quedó inmóvil.

Al fondo, por una ventana que debía corresponder al saloncito, se veía la última luz del día, tamizada pálidamente por el alumbrado público, ya encendido.

Tras unos segundos de inmovilidad y atenta escucha, durante los cuales su finísimo oído continuó sin percibir sonido alguno, Lili caminó hacia el saloncito, y cerró las contraventanas de persiana. Dio una vuelta por el apartamento, asegurándose de que las demás ventanas también estaban cerradas y no dejarían escapar luz hacia el exterior, y sólo entonces, de nuevo en el saloncito, encendió la

luz de éste.

Muy bien.

Era un apartamento. Vulgar y corriente, sin relieve de ninguna clase. Uno de esos apartamentos de precio más bien módico, amueblado discretamente con ciertos detalles de *confort* vulgar y corriente, en el que no destacaba un solo detalle del peculiar gusto personal, que pudiera tener su eventual ocupante.

Si algunos agentes de la CIA hubiesen estado ya allí, posiblemente la señorita Connors no se hubiera molestado tanto en tan minucioso registro. Pero puesto que la cautela de la CIA, en principio, y luego su tajante orden, en el sentido de que nadie entrase en el apartamiento de Spencer Lomax, no admitían lugar a dudas sobre la… virginidad del apartamiento, en cuanto a un registro, la agente Baby procedió a él, con toda su sistemática eficacia.

Los resultados fueron aceptablemente buenos, y en realidad, poco sorprendentes.

Todo lo que encontró, digno de una relativa atención, fue un sobre que contenía un fajo de billetes de mil dólares y una nota.

Desdeñando el dinero, Lili prestó *su* atención a la nula, que decía:

Señor Dillman: Puede usted recibir otra cantidad igual a ésta, si acude a las ocho de la noche al Iolani Palace, solo, y sin comunicar a la CIA esta parte de sus actividades. Es un asunto honrado, interesante para usted, y en el que nadie tiene por qué inmiscuirse.

Esto era todo, en el dorso de la nota.

Pero en el anverso, escrito también a mano con bolígrafo, se veía escrita simplemente una dirección: 382, Kahala Avenue.

Lo cual, aparentemente, no tenía sentido. Si citaban a Harry Dillman en el Iolani Palace, no tenían por qué añadir luego ninguna dirección. Pero Lili comprobó enseguida que para escribir la dirección no se había utilizado el mismo bolígrafo ni había sido la misma mano quien lo había hecho. Reflexionando sobre el particular, llegó a la conclusión de que quizá Harry Dillman había acudido a la cita y que, posteriormente, como fuese y por lo que fuese, se había enterado de aquella dirección, relacionada con el asunto. Y si no había escrito nada más, podía significar que nada más sabía Harry Dillman, o que no había considerado prudente

anotarlo.

No.

No, no.

Si no había nada anotado era que nada más sabía. Puesto que tan imprudente era anotar algo como haber dejado allí la nota con el dinero.

Baby guardó de nuevo el dinero y la nota en el sobre, y se quedó mirando, con cierta socarronería, el sitio donde lo había encontrado, o sea, debajo del colchón de la cama del dormitorio más grande del apartamiento. Al parecer, Harry Dillman, en su personalidad de Spencer Lomax, se había considerado allí a salvo y muy discretamente instalado, de modo que no había tomado grandes precauciones en esconder el sobre.

Todavía efectuó otro registro de repaso por el apartamento, la señorita Connors, pero sin encontrar ya absolutamente nada que fuese interesante.

Así pues, tras dejarlo todo como lo había encontrado, y llevando el sobre con el dinero y la nota en su maletín, abandonó el apartamiento 2B del 108 de Kolowalu Street, y bajó a la calle.

Poco después, llegaba donde había dejado el coche alquilado, se ponía al volante, y partía de allí… Tardó apenas veinte segundos en darse cuenta de que un coche la estaba siguiendo.

En la duda, ante la posibilidad de que fuese casual, Lili efectuó dos o tres maniobras de conducción un tanto extravagantes, y que no tenía por qué hacerlas ningún vehículo que se dirigiese a un lugar determinado.

El sencillo truco dio resultado, y fue suficiente para que Lili Connors se convenciese de que, en efecto, un coche la estaba siguiendo.

De acuerdo.

Poco después, detenía el coche junto a un pequeño parque, y sacó del compartimiento del salpicadero el plano de Honolulu, que iba incluido con el alquiler del coche. Localizó, en cuestión de segundos, Kahala Avenue, y sin más complicaciones reanudó la marcha en aquella dirección… Por supuesto, llevando, siempre tras ella el otro coche. En el cual ya había visto ella que iban, por lo menos, dos hombres. Dos en el asiento delantero, y quizá, esto no podía verlo bien, fuese alguno más en el de atrás.

Poco después pasaba por Kalakua Avenue, por delante del Kaniolani Park y vislumbrado frente a ella el Diamond Head, el alto pico desde el cual se podía contemplar no sólo la mayor parte de la ciudad de Honolulu, sino el amplísimo mar azul, en una grandiosa e impresionante extensión.

Kalakaua Avenue terminó para convertirse en Diamond Head Road y más adelante volvió a cambiar de nombre para convertirse en Kahala Avenue… Es decir el lugar adonde se dirigía la espía internacional.

Encontró muy pronto el número 382. Era una casita de una sola planta, pequeña, y con un diminuto jardín en la parte frontal. A un lado había un sendero de grandes piedras, con césped entremedio, que conducía debajo de un simple techado, que debía hacer las funciones de garaje.

Con toda naturalidad. Lili condujo el coche por ese senderillo, lo detuvo debajo del techado, y paró el motor. Para entonces se había dado ya cuenta de que no había encendida ni una sola luz en aquella casita. Como quiera que para entonces ya era completamente de noche, y la luz resultaba imprescindible, esto dio que pensar a Lili. ¿Significaba que no había nadie en la casa? ¿O significaba que aquella casa era una trampa, que debía cerrarse dejando a Baby en su interior?

Una vez más, se impuso la lógica de la espía internacional. Aquella casa no podía ser una trampa para la agente Baby, por la sencilla razón de que nadie podía estar seguro de que sería ella la que llegaría allí. Más lógica que su llegada la habría tenido la de unos cuantos agentes de la CIA, que hubiesen estado buscando a Spencer Lomax. Y tender una trampa a unos cuantos agentes de la CIA, no era precisamente una actividad cómoda y carente de peligro.

Entonces… ¿no había nadie en la casa?

Lili se volvió en el asiento, y vio el coche que la había seguido detenido a unos treinta o treinta y cinco metros. Distinguía perfectamente las siluetas de los dos hombres que ocupaban el asiento delantero, pero seguía sin ver si había alguien más en el asiento de atrás.

«Está bien, musitó la espía, si queréis jugar, vamos a jugar todos».

Del maletín sacó de nuevo su juego de ganzúas, que sostuvo con la mano izquierda, tras cerrar el maletín, que sostuvo también con esta mano. Con la derecha se subió la falda, y despegó de su muslo izquierdo la pistolita de cachas de madreperla que estaba adherida a la fina piel, por medio de una tira de esparadrapo color carne. Sujetando el maletín y las ganzúas con la mano izquierda, y llevando la pistolita en el hueco de la mano derecha, la agente Baby se apeó del coche y se dirigió, con resuelto paso, hacia la puerta de la casa. Se detuvo allí y pulsó el timbre, volviendo ligeramente la cabeza hacia la izquierda para asegurarse de que nadie salía del coche que la había estado siguiendo.

Nadie salió de aquel coche, en efecto.

Ni nadie contestó a su llamada a la puerta.

Así que, con toda naturalidad, tras deslizar la pistolita en su escote, Baby recurrió a su juego de ganzúas, introdujo una de ellas, y, con su característica habilidad, fruto de largos años de entrenamiento y prácticas reales, abrió la puerta, en cuestión de segundos. Entró, cerró, y, sin más complicaciones, encendió la luz del pequeño vestíbulo.

No parecía que tampoco allí hubiese nadie.

Pero, de nuevo sosteniendo la pistolita en la mano derecha, Lili Connors estuvo muy atenía a la posible aparición de alguien. No ocurrió nada, y, parcialmente confiada, la espía internacional cruzó el pequeño vestíbulo y apareció en un saloncito. Tampoco en éste había nadie, y, tras una rápida ojeada. Lili continuó por el pasillo que llevaba por la derecha a dos o tres puertas que debían ser dormitorios y al fondo otra puerta, que resultó ser la de la cocina.

Nadie en la cocina. En el primer dormitorio tampoco había nadie. Ni había nadie tras la segunda puerta, que correspondía a un cuarto de baño. La tercera puerta, o sea, la primera si se llegaba a ella procedente de la calle, estaba cerrada con llave, y esto sorprendió a Baby, que recurrió una vez más a su juego de ganzúas. También en cuestión de segundos, con suma facilidad, aquella puerta fue abierta. La empujó, y se colocó rápidamente a un lado, de nuevo lista la pistolita para disparar.

No sucedió nada.

Con las debidas precauciones, Lili introdujo la mano izquierda por un lado de la puerta, tras dejar el maletín en el suelo del pasillo,

y tanteó hasta encontrar el interruptor de la luz, que encendió. Hecho esto pasó rápidamente de un lado a otro de la puerta, echando un velocísimo vistazo al interior, y siempre apercibida la pistolita.

Un cuarto vacío, eso era todo.

Pero la mirada de Baby quedó fija en las instalaciones eléctricas del paño izquierdo de pared. Unas instalaciones sólidas, todavía con multitud de enchufes especiales y cables más gruesos de lo normal, cuyo significado no podía comprender, no parecía lógico, en un simple dormitorio.

Quedó abstraída contemplando aquella instalación, pero sólo un momento, pues de pronto recordó a los hombres que la habían estado siguiendo en un coche. ¿Qué debían estar haciendo, en aquellos momentos?

Apagó la luz de aquel cuarto, apagó también la del saloncito, y llegó al vestíbulo, donde también apagó la luz. Hecho esto, regresó al saloncito, y miró por un lado de una ventana hacia donde estaba el coche que la había estado siguiendo. Los dos hombres seguían ocupando el asiento delantero. La brasa de un cigarrillo brilló, por un instante, iluminando especialmente el rostro de uno, y luego describiendo un arco hasta desaparecer.

Por un instante, Baby pensó que aquellos dos hombres podían ser muy bien agentes de la CIA que hubiesen estado vigilando el 108 de Kolowalu Street. Pero enseguida movió la cabeza, negando para sí misma esta posibilidad. Si ella había dado órdenes de que se olvidasen de aquel asunto, por el momento, así debían haberlo hecho todos los Simones de las islas Hawai.

Ni más ni menos.

Estaba todavía pensando en esto cuando el hombre que había tirado por la ventanilla la colilla del cigarrillo que había estado fumando, se apeó. Y casi simultáneamente, por el otro lado, lo hizo el conductor. Los dos hombres se reunieron delante del coche, y se quedaron mirando hacia la casa. Un instante después, con una cierta vacilación, comenzaban a caminar hacia allí.

La reacción de Baby fue velocísima. Abandonó el saloncito, y llegó corriendo a la cocina, cuya luz continuaba encendida. No la apagó. Lo que hizo fue abrir el grifo de una de las piletas de acero inoxidable lo bastante para que el agua sonase con fuerza al caer.

Acto seguido, abandonó la cocina para regresar a toda prisa al saloncito… Cuando miró de nuevo por la ventana de éste, los dos hombres estaban llegando al borde del pequeño jardincito frontal de la casa. Y un segundo más tarde, la espía internacional los perdía de vista.

Por la sencilla razón de que aquellos dos hombres debían estar cruzando el jardincillo hacia la puerta de la casa.

Se deslizó ella hacia la entrada al saloncito, y permaneció atenta. Casi enseguida comenzó a oír el suave pero inconfundible sonido metálico de una llave o ganzúa, al ser introducido en la cerradura. Y apenas dos o tres segundos después, más que oír abrirse la puerta captaba el cambio de rumor dentro de la casa, lo que indicaba que aquélla había sido abierta.

El rumor ambiente de la casa volvió a cambiar, quedando como antes, cuando la puerta estaba cerrada. Los pasos de los dos hombres, perfectamente audibles para el finísimo oído de Baby, se iban acercando por el pasillo.

Eran tan sigilosos que lo que mejor se oía, con gran nitidez, era el rumor del agua cayendo en la pileta de la cercana cocina. El susurro de una voz llegó a oídos de Lili Connors, que se colocó a un lado de la entrada al saloncito y apercibió la pistola. Pero, por el momento, no tuvo necesidad de usarla. Vislumbró perfectamente las dos figuras masculinas pasando ante la puerta del saloncito y caminando, siempre sigilosamente, hacia la cocina.

Es decir, que la trampa preparada por la agente Baby había funcionado. Los dos hombres, viendo apagadas todas las luces de la casa, menos la de la cocina, oyendo en ésta el rumor del agua, daban por sentado que la mujer a la que habían seguido estaba precisamente en la cocina.

De nuevo oyó Baby la voz de uno de los hombres, ahora en tono un poquito más alto, pero sin que pudiese entender lo que decía. No entendía ni una sola palabra de aquel idioma.

Esperó a que los dos hombres pasasen pasillo adelante hacia la cocina, y entonces, sin hacer el menor ruido, salió al pasillo, quedando detrás de ellos. Localizó el interruptor de la luz, y encendió ésta, al mismo tiempo que advertía, con tono seco y firme:

—¡Quietos! ¡No se muevan o les disparo a la nuca!

Los dos hombres, que habían respingado fuertemente, quedaron

por un instante inmóviles, como si fuesen a obedecer la tajante orden. Pero acto seguido, iniciaron un movimiento de vuelta hacia la espía internacional. Y tan sólo con el gesto de comenzar a volverse, Lili vio la pistola que cada uno de ellos empuñaba en la diestra. Uno de los hombres, mientras iniciaba el gesto para girarse, decía algo en inglés, pero Brigitte Montfort, alias Lili Connors, había dado una orden bien clara, y para ella, con toda lógica, la desobediencia sólo podía significar grave peligro.

Así pues, sin vacilaciones, dio un par de velocísimos pasos hacia delante, blandiendo la pistolita, y la dejó caer con terrible fuerza en la parte posterior de la cabeza del hombre que tenía a su derecha.

Éste lanzó un gemido, soltó la pistola, que rebotó fuertemente en el suelo, y cayó hacia delante como un poste.

Mientras tanto, el otro hombre había acabado de volverse, por supuesto siempre empuñando la pistola, pero la espía internacional estaba ya en marcha. Con la mano izquierda apartó la derecha del hombre, golpeándola fuertemente contra la pared, pese a lo cual el hombre todavía conseguía sostener la pistola entre sus dedos.

—¡Espere! —gritó el hombre en inglés—. ¡Nosotros no…!

La agente Baby estaba ya más que harta de pillos y sinvergüenzas, como suele decirse, así que si algo había, que hablarse, debían haberlo decidido antes, obedeciendo su orden. O, en todo caso, se hablaría después, cuando ella, realmente, controlase la situación y no tuviese nada que temer.

Así pues, implacable, alzó su rodilla derecha con terrible fuerza, encajándola entre las ingles del hombre, que soltó un resoplido y palideció. Acto seguido, Lili volvió a golpear la mano del hombre contra la pared, y esta vez sí, la pistola cayó al suelo.

El hombre estaba todavía gritando de dolor, encorvado sobre sí mismo, cuando Brigitte alzó la pistolita, dispuesta a golpear en la frente al desconocido.

Éste alzó el brazo izquierdo para protegerse, y lanzó otro aullido cuando la pistolita golpeó allí. Con tal fuerza, que el arma escapó de los dedos de Lili Connors.

Entonces, ésta, abandonando todo intento de seguir utilizando la pistolita, recurrió, una vez más en su trayectoria de espía, al judo. Asió un tobillo del hombre con cada mano, y mientras tiraba de éstas hacia sí, se lanzaba con el hombro derecho hacia adelante,

golpeando fuertemente en las rodillas del desconocido.

Éste lanzo un grito entrecortado cuando sus pies dejaron de tocar el suelo, alzado por las manitas de la rubia, y todo su corpachón comenzó a caer hacia atrás, debido al empuje que Lili efectuaba con su hombro, sobre las rodillas.

El batacazo fue tremendo. El hombre, a impulsos del *morote gari* de judo, cayó de espaldas y de cabeza, resonando ésta fuertemente. El crujido de la cabeza del hombre contra el suelo fue tan fuerte y escalofriante que cuando quedó tendido ante ella, Lili, temió haberlo matado. Pero en pocos segundos se cercioró de que no era así. Simplemente, el sujeto, como el otro, estaba desvanecido.

Por supuesto, Lili ya había comprobado con anterioridad que los dos hombres eran altos y, atléticos, muy fuertes, pero ahora que podía verlos bien a plena luz, estaba sorprendida. Eran muy jóvenes; seguramente ni siquiera tenían veinticinco años. Y eran rubios; tan, tan rubios, que prácticamente podía decirse que eran albinos. Resultaban atractivos, y casi podía decirse que hermosos. Caídos allí, a sus pies, parecían simpáticos muchachotes, incapaces de hacer nada malo.

Registró al que había examinado para ver si se había roto la cabeza contra el suelo, pero no encontró en sus bolsillos documentación alguna. Llevaban cigarrillos, dinero, y unas llaves. Eso era todo.

¿Debía quedar alguno más en el coche?

Cuando llegó junto al vehículo, sabía ya que no había allí dentro ningún otro hombre.

Estuvo tentada de meterse en el coche y registrarlo, en busca de algún dato referente a los dos muchachotes albinos, pero pensó que con ello sólo iba a conseguir quizá que ellos despertasen y complicasen las cosas. Lo mejor era regresar a la casa y, en cuanto ellos se recuperasen, interrogarlos adecuadamente.

Así pues, volvió a colocarse la peluca rubia y volvió a la casa. Empujó la puerta, que estaba solamente entornada, entró, y… tras ella oyó la voz en inglés, clara y firme:

—Quédese como está. Si se mueve, dispararé.

Capítulo III

Por supuesto, Lili Connors, alias Baby, era más inteligente que los dos muchachotes albinos. Y su inteligencia la indujo a permanecer efectivamente inmóvil; incluso alzó un poco las manos, de modo que la persona que estaba tras ella pudiese verlas.

Oyó los pasos, y enseguida se encendió la luz del vestíbulo. Acto seguido, sonó el chasquido de la puerta de la casa al ser cerrada, y el hombre que había estado escondido detrás, se acercó a la espalda de la espía.

—¿Está armada? —Oyó la voz, a tres o cuatro pasos tras ella.

—Sí.

—¿Dónde tiene el arma?

—En el escote.

—Está bien. Vuélvase de cara a mí, pero conservando las manos en alto.

Lili Connors obedeció, lentamente, sin brusquedad alguna, y ciertamente, conservando las manos en alto. Se quedó mirando, atónita, al hombre que la estaba apuntando con, una imponente automática. Era tan alto, atlético y fuerte como los otros dos, y no menos albino. Sus clarísimos ojos, apenas protegidos por pestañas rubísimas, se fijaban con extraordinaria frialdad en la peligrosa rubia que tenía ante él.

—Ante todo va a dejar caer usted su arma al suelo —dijo el hombre con un inglés muy académico—. Así que… ¡Cuidado, no toque la pistola ni un momento!

—Bueno —intentó sonreír Lili Connors—… Si no toco la pistola, no veo cómo voy a poder desprenderme de ella.

—Desabróchese la blusa, y cuando yo haya visto la pistola, ya veremos lo que hacemos.

Lili frunció el ceño, pero acabó por sonreír de nuevo. Desabrochó la blusa y la separó, mostrando entonces los turgentes y

henchidos senos, que parecían de oro, apenas cubiertos por el diminuto sujetador. Entre los senos, la pequeña pistolita de cachas de madreperla, destacaba lógicamente.

—Muy bien… ¿Qué hacemos ahora? —preguntó la divina espía internacional.

—Quítese el sujetador de modo que, cuando los pechos queden sueltos, va no podrán sujetar la pistola, y ésta caerá al suelo.

Una expresión divertida apareció un instante en los ojos falsamente verdes de Lili. Asintió con un gesto, llevó las manos atrás, y soltó el pequeño corchete del sujetador. Los senos apenas se movieron hacia abajo, pero sí se separaron un poco… sólo lo justo para que la pistola se deslizase entre ellos y cayese al suelo, donde rebotó sonoramente. Lili la miró, y luego miró al atractivo sujeto albino, que seguía observándola con terrible fijeza. Pero no a los ojos ahora, sino a los hermosísimos pechos, completamente descubiertos, de la espía internacional.

—Si continúa usted mirándome así, tendré que cobrarle algo por ello —dijo Lili.

—Retroceda —movió el hombre la pistola, con claro gesto amenazador—… Y ya puede usted guardar sus bellezas particulares.

—Creí que le gustaban —pareció defraudada la bellísima rubia.

—Haga lo que le he dicho.

Lili asintió, y, tras retroceder, procedió a abrocharse de nuevo el sujetador y la blusa. Mientras tanto, el tercer hombre albino había recogido del suelo la pistolita de cachas de madreperla, y la había guardado en un bolsillo de la chaqueta. Continuaba ahora dedicando su atención preferente a los extraordinarios ojos verdes de la rubia.

—¿Cómo es posible que usted haya venido del exterior, si yo sé que estaba usted dentro de la casa?

—Bueno —sonrió de nuevo amistosamente la espía más astuta del mundo—… Sucede que, después de desembarazarme de sus dos amigos, quise asegurarme de que no había nadie más en el coche, así que salí por la ventana de la cocina, di un rodeo para llegar al coche, y cuando me convencí de que no había nadie más allí, volví a la casa… Y mientras tanto, claro está, usted había venido desde el coche a la casa, vio a sus compañeros sin sentido, y cuando no sabía qué hacer ni qué había ocurrido, oyó mí llegada… ¿No es así?

—Así es —asintió el hombre—… ¿Quién es usted?

—Me llamo Lili Connors, y si no lo cree, en el saloncito he dejado antes mi maletín. Dentro, puede encentrar la documentación, que le convencerá de mi personalidad.

—Los documentos no significan nada —murmuró el hombre—. ¿Qué fue a hacer usted al apartamiento de Harry Dillman?

—¿De quién? —Se *sorprendió* hipócritamente Lili—. Yo no conozco a ningún señor Dillman, se lo aseguro.

—Quizá lo conozca mejor por el nombre de Spencer Lomax —entornó los párpados el albino—. ¿Es así?

—Claro que no —negó la rubia—. No conozco ni al señor Dillman, ni al señor Lomax. Yo fui al 108 de Kolowalu Street, a visitar a unos amigos que hace tiempo viven allí. No sé de qué me está usted hablando.

—Pues eso empeora mucho las cosas para usted, señorita Connors —movió la cabeza el albino—. Porque no es la persona que nosotros teníamos la esperanza que viniera, lo va a pasar muy mal, y tendrá que explicarme qué fue a hacer al apartamiento de Spencer Lomax.

—Ya le he dicho a usted…

—No siga. Sabemos muy bien que estuvo en el apartamento 2B. Por lo tanto, usted está interesada en el agente americano. Si es la persona que nosotros desearíamos ver, todo podrá arreglarse, pero si es otra persona —el albino movió la cabeza con gesto de pesar—… Si es otra persona, me temo que lo va a pasar usted francamente mal.

—¿A qué persona estaban esperando ustedes?

—A una persona que, según nos dijo Harry Dillman, acudiría, sin ningún género de dudas, y desde luego en plan amistoso hacia él. De ninguna manera esperaba el señor Dillman que la persona que llegase se mostrase hostil a él o a sus amigos y proyectos.

—¿Debo entender que usted es amigo de Harry Dillman, y que interviene en los proyectos que él tiene?

—Así es.

—Bien… Quizá en ese caso yo deba admitir que soy la persona que Harry Dillman estaba esperando.

—¿Cómo podría demostrar que es esa persona? —inquirió el albino.

—Creo que si realmente es usted amigo de Harry Dillman, y él le dijo que vendría una mujer, en la que podría confiar, no tiene más remedio que entender estas dos palabras: Baby y Simón.

El albino estuvo tres o cuatro segundos mirándola fijamente, fruncido el ceño. Por fin, soltó un gruñido, y, para sorpresa de Baby, sin más, guardó la pistola en la funda sobaquera. Luego, sacó la pistolita de cachas de madreperla, y la tiró a las manos de Baby, que se apresuró a agarrarla en el aire.

—¡Maldita sea su estampa! —refunfuñaba, mientras tanto, el albino—… Usted es de las personas a las que les gusta complicar las cosas.

—¿Yo? —Le miraba, todavía desconcertada e incrédula la espía —. ¿Por qué dice eso?

—Bueno, pregúntele usted al señor Dillman, en ese caso.

—Lo haría con mucho gusto, si supiese dónde encontrarlo.

—¿Qué quiere decir? ¿Acaso no lo ha visto usted?

—Escuche, señor Kinuu, si Harry Dillman, es decir, Spencer Lomax, o sea mi amigo y compañero Simón, estuviese a mi alcance… ¿usted cree que no habríamos arreglado mejor las cosas, que dedicándonos a golpearos unos a otros?

Doto Kinuu estuvo unos segundos mirando fijamente a Lili Connors, Luego, se pasó las manos por la cara, con un gesto de cansancio.

—De modo que tampoco ustedes saben dónde está —murmuró—… Esperemos que no se haya complicado la vida, intentando, él por su cuenta, conseguir algo positivo. Aunque no… No lo creo, porque si Dillman hubiese tenido esas intenciones, no nos habría dicho que disponía de la persona que podía encargarse magníficamente de este asunto.

—Supongo que esa persona soy yo —musitó Lili Connors.

—Sí. Mire, no voy a engañarla, señorita Connors. Yo había oído hablar de la agente Baby, mucho antes de venir a las Hawai. Por eso, cuando el señor Dillman la mencionó, y dijo que quizá podríamos contar con usted, me pareció estupenda la perspectiva.

—¿Había oído usted hablar de mi? —Alzó las cejas Lili—. ¿A qué se dedica usted, señor Kinuu?

—Bueno —sonrió, de pronto, éste—. Soy digamos, uno de los jefes más importantes del Servicio Secreto de Lapoland.

—Oh, entonces supongo que está aquí destacado para dirigir, digamos, los servicios de seguridad en torno al residente Tikaao Mantoo, que, como supongo todo el mundo sabe, está de vacaciones en Honolulu. ¿Se trata de eso?

—No exactamente. La realidad es que… ¿Dice usted que el señor Dillman había apuntado la dirección de esta casa, en el dorso, de la nota que yo le envié?

—Así es, Supongo que, después de entrevistarse ustedes en el Iolani Palace, Dillman se las arregló para seguirlo luego a usted hasta aquí, a fin de poder controlar mejor la situación y a los personajes que en ella intervenían.

—¡Ah! Si, claro. Es lógico, en un agente de la CIA Están ustedes muchísimo mejor preparados que nosotros. Y precisamente por este motivo, busqué a un agente de la CIA para que se encargase de dirigir todo el asunto… Pero la verdad, cuando el señor Dillman dejó de contestar a mis llamadas, en su primer domicilio en Keiki Lane, y luego en el que me dijo que iba a alquilar en Kolowalu Street, para atender todas las negociaciones, nosotros nos alarmamos, y decidimos también cambiar de residencia.

—Esto quiere decir que usted y sus amigos estaban antes instalados aquí, en el 382 de Kahala Avenue… ¿Dónde están ahora?

Doto Kinuu movió la cabeza, y sonrió como disculpándose.

—No se lo tome usted a mal, señorita Connors, pero antes de darle más explicaciones, me gustaría saber si acepta usted el trabajo que le tenemos encargado a Harry Dillman.

—Señor Kinuu, si el señor Dillman no ha aparecido, y esto bien claro está, puesto que le estoy buscando, significa que yo no sé ni una palabra de ese asunto.

—Entonces… ¿qué hace usted aquí en Honolulu?

—Harry Dillman sabía muy bien cómo enviar un mensaje para que llegase a mis manos. Utilizó ese conducto, el mensaje llegó a mí poder, y como posteriormente me enteré de que Harry Dillman había desaparecido, decidí intervenir, en principio para encontrarlo. Ahora bien, si usted me dice cuál es el asunto, es muy posible que yo pueda ayudarle a solucionarlo, al mismo tiempo que nos dedicamos a buscar a Harry Dillman. ¿Me he explicado lo bastante claramente, señor Kinuu?

—Desde luego que sí —farfulló éste—. Y por otra parte, si

realmente es usted la agente Baby, tengo la certeza de que aceptará apoyarnos a Kaabal Onooku y a mí.

—¿A quién dice usted? —Se pasmó la divina.

—Ya supongo que nuestros nombres le suenan a usted bastante raros —sonrió desganadamente Doto Kinuu—. Ése es precisamente el motivo por el que en nuestro flamante país, Lapoland, hemos decidido adoptar el inglés como idioma oficial, a fin de podernos entender en todos los aspectos y en la mayor amplitud posible con el resto del mundo. El lapolandés es tan complicado que, sólo viviendo en Lapoland desde niños, puede llegar a dominarse algún día. En cambio, el inglés es un idioma ágil, sencillo y práctico.

—De acuerdo en eso —asintió Lili—. ¿Cuál es el asunto, señor Kinuu?

Éste se pasó de nuevo las manos por la cara, y volvió a asentir con un gesto.

—Creo que será mejor que la lleve a usted a hablar con Kaabal Onooku. Una vez estemos reunidos con él, procederemos a darle todas las explicaciones que quiera… y esperamos que acepte usted ayudarnos.

—¿A proteger al presidente Tikaao Mantoo, quizá?

Doto Kinuu se quedó mirándola fijamente, y murmuró:

—Todo lo contrario.

—Ya… De ahí se desprende que realmente ustedes creen que el presidente Mantoo puede ser un perfecto y completo canalla… Y que están estudiando el modo de solucionar esta… contrariedad.

—En efecto.

—Ya. ¿Y cómo pueden ustedes probar que el presidente Mantoo es un canalla?

Doto Kinuu volvió a vacilar, y acabó por encoger los hombros y señalar hacia el pasillo.

—Vamos a recoger a Diko y Ankiio, y nos iremos todos a ver a Kaabal Onooku. Estoy seguro de que usted comprenderá muy bien todas las explicaciones que le daremos allí, señorita Connors.

Eran más de las diez de la noche cuando, finalmente, se detuvo el coche que ocupaban los tres lapolandeses. Detrás, a prudente distancia, Lili Connors detuvo también su coche, y se quedó mirando la casa ante la cual se había detenido el de los lapolandeses.

Lili vio a Doto Kinuu apearse del coche y caminar hacia el de ella. El lapolandés llegó junto a la portezuela, y se inclinó hacia la ventanilla.

—Ya hemos llegado —señaló hacia la casa—. Ahí está Kaabal Onooku y su TBD.

—¿Su qué?

—TBD —sonrió Doto Kinuu—, son las iniciales de las palabras inglesas True Bad Detector. Es decir, el Detector de la Verdadera Maldad. Aunque creo que la traducción más exacta sería la de Verdadero Detector de Maldad.

Por un instante, Brigitte Montfort, alias Lili Connors, alias Baby, estuvo tentada de dar media vuelta y marcharse de allí con el coche. Pero la desaparición de Simón-Pax era para ella un acicate más que suficiente para continuar adelante en aquel asunto que comenzaba a ir perfilándose como una de sus extraordinarias aventuras, con personajes poco comunes. Tan poco comunes que, si no había entendido mal, se proponían probar lo canalla que era el presidente de Lapoland, Tikaao Mantoo. Un hombre que precisamente había asumido el poder de la modernísima república, arropado por un prestigio, por una fama indestructible de hombre honesto y dedicado en cuerpo y alma al desarrollo de su recién nacida patria.

—Está bien —dijo la espía—… Vamos a ver a Kaabal Onooku y su TBD.

Capítulo IV

Entraron en la casa, los cuatro. En cierto modo, Lili Connors se sentía un tanto divertida por el modo en que la miraban los apuestos lapolandeses Diko y Ankiio. No había en sus expresiones ni el menor asomo de rencor. Simplemente, la contemplaban con una curiosidad que parecían incapaces de controlar o incluso de asimilar. El hecho de que una jovencita rubia, algunas pulgadas más baja que ellos, les hubiese vencido de modo tan rápido y rotundo, en un reducido espacio de terreno, los tenía sumidos en un completo pasmo, del que, evidentemente, tardarían en salir.

Doto Kinuu cerró la puerta y señaló hacia el fondo del descuidado vestíbulo de la casa. Una casa vieja, que parecía haber sido habilitada rápidamente para que pudiesen vivir, con un mínimo de comodidades, unas cuantas personas. Fueron hacia donde había señalado Doto Kinuu, y éste empujó la puerta que había a su izquierda, echándose a un lado. Lili le dirigió una rápida mirada de reojo, y luego, sin más preocupaciones, cruzó el umbral. Detrás de ella lo hicieron Kinuu, Diko y Ankiio.

Los cuatro se quedaron mirando al hombre que estaba sentado en un sillón, con un libro en las manos y la cabeza caída sobre el pecho, pero los ojos alzados de modo que miraba a los recién llegados. Su mirada, de un tono azul claro, casi transparente, estaba fija, de modo impávido, en la bella rubia, que a su vez le contemplaba, sin intentar disimular su curiosidad y un cierto asombro. Por supuesto, aquel hombre era Kaabal Onooku. Lili le calculó alrededor de sesenta años. Su cabellera era abundantísima, de un tono albino, que casi semejaba nieve. Su rostro estaba, más que bronceado, enrojecido por el sol, lo que evidenciaba una falta de costumbre en exponerse a los rayos solares. Por supuesto, la diferencia de clima y soleamiento entre Lapoland y las islas Hawai no hacía ninguna falta ser resaltada.

Kaabal Onooku dejó parsimoniosamente el libro a un lado, y se puso en pie. Era incluso más alto que Doto Kinuu, pero sumamente delgado. Sus facciones eran bellas y delicadas, y su boca grande mostraba en los labios un suavísimo tono sonrosado, como el trazo que haría un niño en un dibujo. Sus orejas eran también grandes, fláccidas, y parecían tener como exclusiva función la de sujetar hacia atrás, como pequeñas pantallas, la densa cabellera del lapolandés.

Éste dio un paso hacia delante, miró un instante a Doto Kinuu, y de nuevo a la visitante.

—¿Es usted Baby? —musitó.

—Sí.

—¡Entonces, ha dado resultado! —exclamó Onooku—. Cuando Doto dijo que vigilando el apartamiento de Spencer Lomax quizá pudiésemos conseguir algo positivo, me pareció que era una idea descabellada. Celebro mucho haberme equivocado… Le felicito, Doto.

Éste se adelantó hacia Onooku rebasando a Brigitte, y comenzó a hablar en lapolandés. Pero apenas había dicho unas pocas palabras cuando Lili Connors le interrumpió secamente.

—Si tenemos que hablar todos, señor Kinuu, le ruego que lo hagamos en inglés. Todos y en todo momento.

—Lo siento —murmuró Kinuu, asintiendo con la cabeza—… Tiene usted razón, naturalmente. Le estaba diciendo a Kaabal que si bien hemos tenido la suerte de contactar con usted, no sabemos todavía dónde está el señor Dillman. Y también le iba a decir que usted lo ignora.

Lili Connors miraba de Doto Kinuu a Kaabal Onooku y viceversa. Captó en este último la expresión de desencanto, y acto seguido de inquietud. El hombre de los blanquísimos cabellos y rostro enrojecido hizo un gesto de claro pesar.

—Bueno… No sé cómo enfocar las cosas ahora que no está el señor Dillman. Me pregunto si usted está dispuesta a admitir el trabajo que él dijo que aceptaría… De todos modos, la imagino preocupada por el paradero del señor Dillman. Así que… usted dirá qué hacernos, señorita Baby.

—Su nombre es Lili Connors —dijo Doto Kinuu—… Y si realmente es la agente Baby, Kaabal, yo tengo la seguridad de que,

con su ayuda, podemos conseguir las dos cosas. Esto es: encontrar al señor Dillman y conseguir nuestro objetivo, con respecto al presidente Mantoo.

—Yo creo que si algo hemos de hacer, debemos empezar por asegurarnos de que todos sabemos de qué se trata —dijo amablemente Lili—. Y les aseguro que yo no sé nada al respecto.

—Se la facilitaré inmediatamente —dijo Kaabal Onooku—. Por favor, siéntese… ¿Quizá quiere comer algo? ¿Ha cenado ya?

—Sí, torné unos bocadillos antes de ir al apartamento de Kolowalu Street. Pero con gusto tomaría algo fresco, señor Onooku.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, champaña —sonrió Lili.

—Me temo que no tenemos champaña en este momento —sonrió Kaabal Onooku—. Pero podemos ofrecerle jugo de piña, que seguramente debe estar muy fresco, pues lo pusimos esta tarde en el frigorífico. ¿Le apetece?

—Tomaré jugo de piña —asintió la espía, ocupando un sillón y colocando su maletín sobre sus rodillas.

Kaabal Onooku miró a Diko y Ankiio, y el primero, tras asentir, desapareció del saloncito, por supuesto en dirección a la cocina para procurarle a Lili el refresco ofrecido.

Kaabal Onooku volvió a sentarse en el sillón que había estado ocupando, y Doto Kinuu lo hizo en un extremo del sofá; Ankiio se quedó de pie a un lado del sillón ocupado por el más albino y viejo de los interesantes personajes lapolandeses, residentes actualmente en las islas Hawai.

—Para no perder el tiempo, ni andarnos con rodeos, señorita Connors —dijo rápidamente Kaabal Onooku—, quiero que sepa que nuestras intenciones son secuestrar al presidente Tikaao Mantoo. Los motivos son honestos y simples. Honestos, porque no pretendemos en modo alguno perjudicar al presidente Mantoo. Simples, porque todo lo que deseamos es convencernos de que él es para nuestra patria todo lo bueno que dice y parece ser.

—Por lo que yo tengo oído, el presidente Mantoo es una excelente persona —musitó Lili.

—Nosotros también hemos oído eso, naturalmente —sonrió Doto Kinuu—… Pero y, como integrante de cierta rama importante de nuestro modestísimo Servicio Secreto, oí también unos rumores que

me gustaría confirmar. Quiero que sepa que, antes que espía, si es que merezco este nombre, soy un ferviente patriota, señorita Connors. En cuanto a Kaabal Onooku, su trayectoria científica está fuera de toda duda, y seguramente podría usted adquirir una interesante biografía de él, en los círculos científicos apropiados.

—Está bien. Yo no dudo de lo que ustedes dicen. Tan sólo expongo mis informes respecto a la bondad personal y política del presidente Mantoo. ¿En qué se basan ustedes para suponer que no es lo que parece?

—En primer lugar, por los rumores que yo estuve oyendo, aquí y allá. No me pida que se los explique, porque son inconcretos, nebulosos… Pequeñas cosas, palabras, pequeños hechos de economía política dentro del país, concesión de pequeños favores… En fin, parece que se está organizando en Lapoland una especie de casta privilegiada, que dirigiría el país y obtendría, con todas las primicias y privilegios, los frutos de éste.

—He conocido muchos grupos como éste —dijo secamente Lili Connors—. Y todos los que yo conocí, puedo asegurarle que fracasaron. ¿Qué más tienen contra el presidente Mantoo?

—Ahora voy a hablar yo —dijo Kaabal Onooku—. ¿Le ha dicho algo Doto sobre mi TBD?

—Por supuesto.

—Bien… El TBD, o *True Bad Detector*, es un aparato de mi invención, al que podríamos llamar… pariente muy próximo de su famoso detector de mentiras, o *Lie Detector*. La diferencia entre el *Lie Detector* y el TBD, señorita Connors, es que mi aparato detecta la maldad que pueda haber en la mente de las personas que son sometidas a la prueba.

Lili Connors se quedó mirando, con inevitable socarronería, a Kaabal Onooku.

—Es una broma, claro —sonrió.

—No.

—Vamos, vamos señor Onooku… ¿Realmente pretende usted que yo crea que hay un aparato capaz de localizar e incluso de revelar y medir la maldad que pueda haber en mi mente?

—Yo he inventado, perfeccionado, y puesto a punto definitivamente, ese aparato. Le he llamado como ya hemos mencionado muchas veces: Detector de la Verdadera Maldad. Es un

aparato de funcionamiento simple, por medio de conexiones con electrodos. Usted sabe que para saber si una persona está diciendo una verdad o una mentira, se usa un sistema parecido. En ese sistema, cuando la persona objeto de prueba contesta con una mentira, por muy imperturbable que esté exteriormente, por muy serena que esté, por mucha sangre fría que tenga, se produce una alteración de sus palpitaciones, o, digamos, de su vida cardíaca, que es reflejada inmediatamente por una alteración en las líneas gráficas del Detector de Mentiras. ¿No es así como funciona el *Lie Detector*?

—Más o menos, así es. Naturalmente, supongo que usted lo ha explicado mejor de lo que yo lo habría hecho, señor Onooku.

—Bueno, no tiene gran importancia si las cosas se explican de una manera o de otra, o mejor o peor. Lo que importa es explicarlas de modo que los demás nos entiendan. En su caso, usted ya me ha entendido perfectamente, y, por supuesto, sabía con anterioridad lo que era el *Lie Detector*. Ahora yo le estoy hablando del *True Bad Detector*, es decir, de mi Detector de Maldad. ¿Usted es quizá de las personas que creen que todo el mundo es bondadoso, señorita Connors?

—No.

—Entonces… ¿admite usted la maldad?

—Después de bastantes años de espionaje, no tengo más remedio que admitirla —musitó Lili Connors—. O admitir la maldad, o admitir que todos los que la practican están locos… Y he podido comprobar, en muchísimas ocasiones, que no existía tal locura.

—Lo que significa que sí existía maldad.

—Evidentemente.

Kaabal Onooku abrió la boca, pero en aquel momento regresó Ankiio, con una bandeja en la que se veía unos vasos y dos botes de jugo de piña, abiertos. Los puso sobre una mesita, sirvió a Lili Connors, y, tras mirar a Kaabal Onooku y Doto Kinuu, que movieron negativamente la cabeza, se quedó inmóvil, mirando siempre como estupefacto a la bellísima rubia.

Ésta bebió un sorbito de fresco zumo de pina, asintió con gesto complacido, y miró interrogante a Onooku.

—¿Y bien?

—¿Le molestaría a usted venir conmigo al cuarto donde tengo instalado el TBD? —Se puso en pie Kaabal Onooku.

Lili Connors se puso también en pie, siempre sosteniendo el maletín en su mano izquierda y con el vaso de zumo de piña en la derecha. Onooku encabezó la marcha fuera del saloncito, seguido por Kinuu y Lili, que iban emparejados. Salieron al pasillo, lo recorrieron un corto trecho hasta llegar ante una de las puertas, que Onooku empujó. Encendió la luz y se apartó.

Entraron los tres, y Lili se quedó mirando, con gesto especulativo y en el fondo un tanto escéptico, la instalación efectuada dentro de aquel pequeño cuarto. Una instalación que le hizo comprender la existencia de aquellos enchufes y cables eléctricos vistos en una de las habitaciones de la casa sita en el 382 de Kahala Avenue, donde anteriormente habían estado instalados Kaabal Onooku y sus amigos.

Había a un lado una camilla normal y corriente, pero sobre la cual descansaban una serie de grilletes de acero, finamente laminado, conectados a hilos eléctricos que salían de las conexiones efectuadas en la pared, tras una ramificación de la instalación eléctrica normal de la casa. A la cabecera de aquella camilla, y adosado a la pared, había un gran aparato metálico, lleno de botoncitos y con una pantalla circular. Parecía una consola de exposición de datos, que le llegasen procedentes de la computadora fuente de toda información. Su altura era aproximadamente de metro y medio, y una anchura de algo más de un metro. A un lado de la pantalla había una ranura, por la que salía el extremo ele un rollo de papel especial listado con finísimas rayas rojas.

—¿Este es el TBD? —preguntó la espía.

—En efecto. Su funcionamiento, ahora que está terminado, es muy sencillo. La persona que va a ser detectada se instala en la camilla, y se le colocan en las zonas del cuerpo adecuadas las abrazaderas, y los electrodos en determinados puntos de la cabeza, que no voy a enumerarle para no cansarla. Con todo esto, y una vez puesto en marcha el aparato, se consigue simultáneamente una gran variedad de datos sobre la persona detectada, tales como serían la presión sanguínea, número de pulsaciones cardíacas, funcionamiento bronquial y pulmonar… en fin toda una serie de detalles fisiológicos que, en realidad, y para lo que se trata de

conseguir, sólo sirven para asegurarnos de que el cerebro de la persona detectada está funcionando en plenitud de facultades, en cuanto a que recibe un riego sanguíneo adecuado, procedente de un cuerpo aceptablemente sano y fisiológicamente normal, cuando menos.

—Entiendo. ¿Qué pasa entonces?

—Bien, todos estos datos fisiológicos pasan por la pantalla, que se ilumina en forma de gráficos, con oscilaciones que pueden ser consideradas naturales. Esas oscilaciones son las que luego aparecen en la gráfica que queda impresa en este rollo de papel, que sobresale por esta abertura. Tanto por la representación en la pantalla como su expresión gráfica, luego, en este papel, una persona entendida en la materia puede diagnosticar el estado del funcionamiento fisiológico de la persona detectada.

—¿Y en cuanto a la mente?

—El proceso para la investigación mental, con respecto a la maldad de una persona, es más profundo. De todos modos, como le he dicho antes, va unido a la investigación fisiológica. Así, cuando la persona detectada está en la camilla, sometida a la presión de todos los instrumentos que actúan sobre ella, en la pantalla no sólo aparecen los gráficos fisiológicos, sino que aparece también una raya más gruesa, aproximadamente como un bolígrafo corriente, que cruza la pantalla por su centro, y de izquierda a derecha. Esa raya negra que aparece en la pantalla es en ésta siempre continua. Pero si a persona que está siendo sometida a detección tiene una maldad ya desarrollada y activa, o, aunque sólo sea una maldad latente simplemente, la raya negra, al pasar a la tira de papel donde se expresa todo el gráfico del proceso, deja de ser una raya recta, impecable y uniforme, y se convierte en una serie de rayas, que suben y bajan, formando ángulos mucho más acusados, violentos y sincopados cuanto mayor sea la maldad de esa persona.

—Es decir, que si por ese papel en el que aparece el gráfico fisiológico aparece también la raya negra en el centro, completamente recta o más o menos recta implica que la persona sometida a prueba es bondadosa.

—En efecto.

—Y si, por el contrario, esa raya negra que aparece en el centro de la tira de papel es sinuosa, o quebrada, sube y baja, o, en fin,

tiene cualquier alteración, implica que esa persona es malvada.

—Bueno… sí, ésa es la idea. Pero claro está, la maldad puede ser mayor o menor. Hay personas que tienen un grado de maldad digamos… soportable. Y hay personas cuya maldad es francamente intolerable. Estas personas, naturalmente, son las no aptas para convivir en la sociedad con el resto de sus semejantes. Cuanto más rota y desigual sea la línea negra que aparezca en el centro del gráfico, más desarrollada y peligrosa es la maldad del sujeto detectado.

—Muy interesante —sonrió Lili Connors—… ¿Se ha sometido usted mismo a la detección de su TBD, señor Onooku?

—No —sonrió éste—… Para serle sincero, me da miedo comprobar que pueda tener maldad en mi mente. ¿Aceptaría usted someterse a la prueba?

—Sí.

—¿De verdad lo haría?

—Sí.

—Bien. Ya tenemos una gran diferencia entre usted y el presidente Tikaao Mantoo.

—O sea, que él se negó a ser detectado por su TBD.

—Bien. Yo le propuse, al presidente Mantoo, utilizar mi *True Bad Detector* para detectar todo su gabinete de colaboradores. Y para que ninguno de éstos temiese nada en cualquier sentido, le sugerí que el primero en pasar por la prueba podría ser él mismo. Con ello daría una prueba de confianza en mi persona, en mi invento, y, por supuesto, en su actitud honesta y bondadosa hacia Lapoland.

—¿Y qué pasó?

—Pues pasó que el presidente Mantoo, tras escucharme fríamente, me dijo que estudiaría detenidamente mi oferta, que le había parecido por supuesto muy interesante, y que en breve tendría su respuesta sobre el particular… Aquella misma noche, Doto Kinuu apareció en mi domicilio, urgiéndome para que escapase de allí inmediatamente, con mi TBD, si no quería ser asesinado antes de que el grupo especial, organizado por Tikaao Mantoo, se apoderase de mi aparato y se asegurase de que quedaba completamente destruido, tanto el prototipo como los planos y diseños de toda clase, que guardaba en mi domicilio.

—¿Usted está diciendo que el presidente Mantoo quiso asesinarlo a usted y destruir el TBD?

—Estoy diciendo exactamente eso, señorita Connors.

Ésta entornó levemente los párpados, y su vivaz mirada fue de Kinuu a Onooku y viceversa, repetidamente. Por fin, asintió con un gesto, terminó de beber el jugo de piña, y dejó el vaso sobre una pequeña repisa.

—¿Qué más? —musitó.

—¿Qué más? Pues nada más… Sólo que, gracias a Doto Kinuu, pude escapar de Lapoland con mi aparato en un pesquero, en el cual llegué, dos días más tarde, a determinado puerto de Noruega, y desde allí me las fui arreglando para, finalmente, instalarme en París, muy discretamente. Poco después de estar allí, recibí un aviso de Doto Kinuu, diciéndome que tres semanas más tarde el presidente Tikaao Mantoo tenía proyectado pasar unas vacaciones en las islas Hawai concretamente en Honolulu. Así que comencé a pensar que, con la ayuda de Doto Kinuu y de algunos de sus hombres fieles a él, y, por supuesto, a Lapoland, podíamos… organizar un simple secuestro del presidente Mantoo, con el exclusivo objeto de someterlo a la prueba del TBD.

—Supongamos que consiguiesen ustedes secuestrar al presidente Mantoo, traerlo aquí, someterlo a la prueba, y que el resultado fuese que es una persona malísima —sonrió fríamente Lili Connors—… ¿Qué harían entonces?

—Si la prueba diese resultado positivo —dijo secamente Doto Kinuu—, yo mismo asesinaría al presidente Mantoo.

—¿Y qué ganaría con ello?

—Ganaría la certeza de que un hombre malo había sido eliminado del gobierno de Lapoland. Y volvería a mi patria con esos informes y noticias, para organizar un grupo que estoy seguro se sometería al *True Bad Detector*, y expulsaría a todos los componentes del actual gobierno que se negasen a pasar por la prueba de detección de maldad. ¿Le parece a usted mal? —La miró, expectante, Kaabal Onooku.

—No. Díganme ahora por qué se pusieron en contacto con Harry Dillman.

—Bueno —sonrió Doto Kinuu, como burlándose de sí mismo—… La verdad es que una cosa es planear un secuestro y otra cosa es

llevarlo a cabo. Cuando llegué aquí, con Diko y Ankiio, me pareció que podría ser una cosa relativamente fácil conseguirlo. Pero el presidente Mantoo viajaba con un nutrido grupo de secretarios y protectores, que harían muy difícil mi labor. Claro está, yo confiaba no sólo en mis propias fuerzas y en las de mis dos compañeros, sino en la ayuda mercenaria que pudiera conseguir aquí mismo, en Honolulu. Pero me pareció, finalmente, mucho mejor recurrir al agente de la CIA Harry Dillman, que había localizado por conductos que, como dije antes, no pienso explicar, y hacerle una oferta personal.

—¿Por simple dinero?

—Sí. Primero veinticinco mil dólares, y luego otros veinticinco mil, si él nos ayudaba a planear el secuestro del presidente Mantoo, y luego reclutaba a los hombres adecuados para llevarlo a cabo. Naturalmente, el precio por el trabajo que realizasen esos hombres sería aparte de los cincuenta mil dólares para Harry Dillman.

Lili estuvo durante unos segundos observando el *True Bad Detector*, deslizando la mirada de la consola a las conexiones, de éstas a la camilla, de la camilla a la consola nuevamente… Por fin, dirigió de nuevo la mirada hacia Kaabal Onooku.

—Voy a ayudarle en sus propósitos, pero con la condición de que, una vez comprobado que el presidente Tikaao Mantoo es una persona de mente malvada, me deje a mí decidir sobre su destino.

—¿Y esto por qué? —saltó Doto Kinuu—. Si el presidente Mantoo es, como nos tememos, un perfecto canalla, sólo merece la muerte.

—Ese es su punto de vista, señor Kinuu, no el de la *Sección Pax*.

—Harry Dillman no nos habló de ninguna *Sección Pax*. Simplemente, él nos dijo que podía quizá conseguir la ayuda de Baby para ayudarnos en este asunto. Pero…

—Señor Kinuu, si usted acepta mis condiciones, podremos empezar a trabajar inmediatamente. Si no las acepta, no hay nada más qué hablar. ¿Qué decide?

Los dos lapolandeses cambiaron una mirada, y, tras una breve vacilación, Kaabal Onooku asintió.

—Está bien. Pero, a su vez, usted tiene que garantizarnos que si la mente de Tikaao Mantoo es malvada, lo apartará radicalmente del gobierno de mi país.

—Esto delo por hecho —dijo firmemente Lili Connors—. Y ahora… ¿cómo podrían ustedes demostrarme que el TBD funciona?

—Antes, dijo usted que aceptaría someterse a la prueba —sonrió suavemente Kaabal Onooku—… Pero quizá sólo lo dijo por hablar, señorita Connors.

—Yo nunca hablo por hablar, señor Onooku. Lo que pasa es que no me gustaría hacer el ridículo.

—Bueno, el ridículo es una cosa bastante relativa. Y por otra parte, sería un ridículo, al que sólo asistirían dos personas, que no creo que en su vida signifiquen gran cosa, señorita Connors. Le aseguro que ni Doto ni yo tenemos grandes ganas de reír, con este asunto. En cuanto a si es o no es verdad todo lo que le estoy diciendo, usted puede estar perfectamente capacitada para comprobarlo.

—¿Yo?

—Naturalmente. A mi puede usted engañarme, puede usted engañar a Doto Kinuu y puede usted engañar a cualquier persona del mundo, con su rostro tan bello y angelical. Pero a usted misma no puede engañarse. Por lo tanto, si usted se somete a la detección del TBD, y éste da un resultado que usted ya conoce previamente, puesto que conoce su grado de posible maldad… ¿aceptará que mi TBD funciona perfectamente?

—Argumentos irrebatibles —hizo Lili Connors un gesto de simpática impotencia—. De acuerdo, me someteré a su TBD cuando usted quiera.

—¿Por qué no ahora?

—Eso digo yo —sonrió ésta—. ¿Por qué no, ahora mismo? ¿Qué tengo que hacer?

—¿Acepta? —exclamó, con incrédulo gozo, Kaabal Onooku.

—Acepto. ¿Qué tengo que hacer?

—Bueno… Bien, la diré a Doto que abandone el cuarto, mientras dure la prueba…

—¿Por qué?

—Es que… Tiene usted que quedarse desnuda, señorita Connors. Le aseguro que no es por simple capricho. Es, simplemente, que la aplicación de las abrazaderas y los electrodos requiere un contacto directo con la carne, y especialmente en las zonas más adecuadas para recoger los datos, como son las ingles, el vientre, el hígado, el

corazón, los pulmones, o sea que hay que colocarle los pequeños detectores sobre todo el pecho, y sobre la cabeza.

—Entiendo. No hace falta que el señor Kinuu abandone la habitación. Antes, ya tuvo ocasión de contemplar parte de mi anatomía, y no me pareció que fuese un hombre que perdiera la cabeza con facilidad.

—No crea —sonrió Kinuu—... Quedé francamente impresionado, pero no era momento de demostrar ningún punto flaco.

—Muy sensato —asintió Lili Connors—. Bien, caballeros, comencemos.

En un instante, Lili quedó completamente desnuda, delante de los dos hombres, que la contemplaban, verdaderamente estupefactos. Onooku estaba como incapaz de reaccionar; Kinuu había palidecido un poco, y sus ojos, un tanto tensos los párpados, se movían de arriba abajo, por el espléndido cuerpo que parecía una estatua de oro.

De pronto, Kaabal Onooku se dirigió hacia la camilla, y comenzó a quitar de ésta todas las abrazaderas que había encima. Kinuu reaccionó, y ayudó al científico a hacer lo mismo. Una vez despejada la camilla, ambos miraron a Lili Connors, que les contemplaba con una extraña sonrisa en los sonrosados labios.

No hubo necesidad de grandes explicaciones. Lili se colocó en la camilla, tendiéndose completamente en ella, con la cabeza orientada hacia el TBD, y, ayudado por Kinuu, Kaabal Onooku procedió a ir colocando en el cuerpo femenino los diferentes electrodos y abrazaderas metálicas... En cosa de dos minutos, la señorita Lili Connors quedó como envuelta en toda una serie de hilos eléctricos, y sujeta en diversos puntos de brazos y piernas por las abrazaderas de acero finamente laminado. En todo su torso, así como en el cuello, habían quedado adheridos los electrodos, succionando fuertemente la carne en los puntos adecuados. Luego, ahora en solitario, Kaabal Onooku procedió a ir colocando los últimos electrodos, en número de ocho, en diferentes puntos de la cabeza de la espía internacional. Cuando llegó el momento de colocar los últimos entre los cabellos, Kaabal Onooku comenzó a tener dificultades.

—Lo ideal —dijo con voz tensa— sería poder trabajar sobre

cabezas afeitadas, pero comprendo que no hay que ser tan exigente. De todos modos, señorita Connors, encuentro difícil colocar los…

—Será mejor que me quite la peluca —dijo ella amablemente.

—¿La…?

Kaabal Onooku parecía no entender, pero Doto Kinuu, tras una breve exclamación contenida, se aproximó a la cabecera de la camilla, y, con exquisito cuidado, procedió a retirar la rubia peluca, que ocultaba los negros cabellos de la señorita Connors. La cual casi lanzó una carcajada cuando vio el gesto de estupefacción que apareció en el rostro de Kaabal Onooku.

—Vamos, vamos, señor Onooku —dijo amablemente—… ¡No me diga que está realmente tan sorprendido!

—Supongo que no debería estarlo —movió la cabeza el científico—. Pero usted se mueve en un terreno que yo desconozco.

—Y usted hace cosas que pueden ser verdaderamente admirables… y que a mi vez, yo desconozco. Por favor, continúe.

—Ahora es más fácil —dijo Onooku, colocando los electrodos, tras ir apartando con cuidado los cabellos de la espía, en determinadas zonas—… No es tan perfecto como si la cabeza estuviera afeitada, pero por supuesto, funcionará. Igual que funcionó en Lapoland con el inocente niño y con el criminal que me procuró Doto… Bien, esto ya está, señorita Connors. Ahora, por favor, relájese completamente. Procure relajar todos los músculos. No voy a decirle que no piense en nada, porque eso ni si quiera me interesa. Al contrario, piense usted en cuantas más cosas mejor, pero por favor, relaje todos sus músculos hasta donde sea capaz de conseguirlo.

—Puedo conseguirlo hasta un grado que quizá le sorprenda, señor Onooku.

—Bueno, pues sorpréndame. Pero al mismo tiempo me proporcionará una alegría, pues cuanto más relajado está el sujeto a detectar, más fieles son los resultados que se obtienen.

Lili Connors cerró los ojos, y comenzó a respirar cada vez más lentamente. En el silencio del pequeño laboratorio solamente se oía su profunda, lenta, y, al mismo tiempo, poderosa respiración. Una respiración como de mecanismo perfecto, que cada vez iba adquiriendo más y más ritmo, y más y más armonía, más y más sincronía… Kaabal Onooku y Doto Kinuu cambiaron una mirada de

auténtico asombro. El primero, con cuidado, puso tres dedos por debajo del serio izquierdo de la espía, buscando el latido del corazón, y, ciertamente, lo encontró. Un latido bajo, en plena suspensión, que demostraba hasta qué punto era capaz de reducir la señorita Connors el consumo de sus energías vitales, y por tanto, una relajación perfecta, adecuadísima para un descanso increíblemente reparador.

Con un gesto, Onooku señaló el interruptor de la luz del cuarto, y en el mismo momento en que Kinuu apagaba esta luz, el científico apretaba el botón que iluminaba la circular pantalla donde irían pasando los gráficos que luego aparecerían en la tira de papel rayada con delgadísimas líneas rojas.

En el cuarto, y con el resplandor de la pequeña pantalla circular por toda iluminación, Kaabal Onooku se dispuso a detectar la maldad en la mente de la agente Baby de la CIA Tomó con dos dedos una pequeña palanquita, miró a la espía, que parecía incluso muerta, y con todo cuidado alzó la palanquita hasta encajarla en el punto de conexión. Inmediatamente, comenzaron a aparecer rayas de todas formas en la pantalla.

Y en el centro de ésta, de izquierda a derecha, apareció, acto seguido, un punto que se fue desplazando, dejando tras él una raya más gruesa y oscura que las demás.

Una raya, simplemente.

Mientras que todas las demás rayas indicadoras oscilaban arriba y abajo con suaves sacudidas, la raya del centro, del ancho de un bolígrafo aproximadamente, estaba fija, inmóvil.

—¿Qué pasa? —musitó Doto Kinuu.

—No pasa nada —parecía desconcertado Onooku—… El aparato está funcionando perfectamente.

—Pero la raya central la de la detección de maldad, no está actuando.

—Sí está actuando —asintió Onooku—… Simplemente, no se mueve.

—Eso es imposible —exclamó contenidamente Kinuu—… Incluso con aquel niño oscilaba arriba y abajo.

—Bueno, ya lo está usted viendo, Doto. La raya no es que esté inmóvil. La raya de detección de maldad está funcionando ahora de izquierda a derecha, pasando continuamente, pero como no tiene

oscilaciones hacia arriba y hacia abajo, la vemos siempre igual y parece que haya quedado aquí fija, sin moverse… pero le aseguro que está circulando. Y si no, vamos a comprobar la salida del gráfico.

Se acercaron los dos por la rendija por la que, en efecto, el papel listado en finísimas líneas rojas estaba ya saliendo lentamente. En todo el papel se estaban reflejando exactamente las oscilaciones que unas agujas interiores transmitían desde la pantalla. Estas rayas eran perfectamente visibles en negro, pero mucho más delgadas que la más gruesa que aparecía en el centro, siempre recta, siempre con una continuidad increíble. Era como si, sencillamente, aquel rollo de papel hubiese sido marcado, además de con las finísimas líneas rojas, con otra negra que lo dividía en dos mitades exactas.

—¡Pero esto no es posible! —insistió Doto Kinuu.

—¿Por qué no?

—Pues… No puede haber nadie cuyo coeficiente de maldad sea cero.

—Cero, no —contradijo amablemente Onooku—… El resultado que estamos obteniendo hasta ahora, es de triple cero.

—No es posible —insistió Kinuu.

—Es suficiente —dijo Onooku—. Encienda la luz, por favor.

Esperó a que Kinuu lo hiciera, y entonces arrancó la larga tira de papel, y desconectó el aparato. La iluminación en la pantalla cesó, y asimismo cesó todo rumor. El aparato quedó convertido en un frío objeto, y Kaabal Onooku se acercó a la camilla, enrollando con gesto hábil y rápido la larga tira de papel con el gráfico.

Ya junto a la camilla, tocó suavemente a Lili Connors en la barbilla, y musitó:

—Hemos terminado, señorita Connors.

La espía internacional abrió inmediatamente los ojos, y sonrió.

—Ahora empezaba a estar maravillosamente —dijo—. Pero no crean ustedes que me he dormido. Les he estado oyendo perfectamente… ¿Algo ha funcionado mal?

—Francamente, no puedo estar seguro de ello —murmuró Onooku—. Pienso que quizás usted lo sepa mucho mejor que yo.

—¿Yo? —se sorprendió Lili.

—Sí. Si mi aparato ha funcionado bien, usted es poseedora de una mente cuyo grado de maldad es triple cero.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Se lo explicaré de modo que va a comprenderlo inmediatamente. Cuando hice la prueba con el niño, el resultado fue de cero-dos-ocho. Cuando hice la prueba con el criminal que me proporcionó Doto, el resultado fue de ocho-siete-uno. Teniendo en cuenta que mi TBD funciona en una escala desde el triple cero al triple nueve, quiere esto decir que existe una escala de novecientas noventa y nueve clasificaciones o grados de maldad, más el cero-cero-cero.

—Y yo he obtenido el cero-cero-cero. ¿Eso me coloca en la cúspide de la maldad?

—Ni mucho menos. El criminal que sometí a prueba alcanzó una cota de ochocientos setenta y uno… él sí que se acercaba a la cota máxima de maldad. O sea, al nueve-nueve-nueve. Usted, por el contrario, ha obtenido un índice que refleja una total, una absoluta e indiscutible ausencia de maldad mental.

—Lo que, según yo entiendo, significa que, o soy un ángel de bondad, o soy una tonta completa.

—Francamente, no nos ha parecido tonta, en lo más mínimo.

—Entonces —sonrió encantadoramente Lili Connors—, significa, ni más ni menos, que soy una persona buenísima.

—Si usted quiere reírse de eso, hágalo —dijo muy seriamente Kaabal Onooku—… En cuanto a mí, señorita Connors, después del resultado obtenido de usted por medio de mi TBD, sólo voy a decirle que puede disponer de mí absolutamente para todo lo que usted desee. Y fíjese bien que digo *absolutamente para todo*. Solamente le diré que si todas las personas fuesen como usted, mi invento no tendría razón de existir. Es más, ya ni siquiera se me habría ocurrido inventarlo.

—Yo ya lo sabía —murmuró Doto Kinuu—… Es decir, por lo que había oído hablar de la agente Baby, esperaba un resultado muy bueno. Cuando hablé con Harry Dillman, y considerando lo que me dijo sobre lo que podíamos esperar de usted, mi confianza aumentó en ese sentido. Pero, francamente, no creí que fuese usted a conseguir el triple cero, ni mucho menos.

—En resumen —murmuró Lili Connors—, que ustedes confían completamente en mí.

Los dos hombres asintieron con un gesto, y Doto Kinuu añadió

de viva voz:

—Completamente y en todos los sentidos.

—Muy bien, caballeros. En este caso, si tienen ustedes la bondad de librarme de todo este complejo electrónico, creo que ha llegado el momento de que empecemos a hablar sobre unos planes que puedan permitirnos secuestrar al presidente Mantoo.

—No va a ser fácil —aseguró Kinuu.

—Si se hubiese tratado de una cosa fácil, señor Kinuu, Harry Dillman no se las hubiese arreglado para comunicarse conmigo, a fin de que interviniera. Así que, puesto que sabemos positivamente que no se trata de nada fácil, deberemos aguzar nuestro ingenio y encontrar una solución… que no implique, naturalmente, derramamiento de sangre. Aunque quizá, en definitiva, llegue a enfadarme con alguien, si le ha ocurrido algo irreparable a Spencer Lomax, es decir, a Harry Dillman…

O sea, en definitiva, a Simón-Pax.

Capítulo V

Evidentemente, el atlético sujeto que paseaba por Ala Moana Park no estaba allí en plan de conquista. De ser así, podía haber elegido para sentarse cualquier otro banco. O seguir dando paseos y sonriendo a las bellas muchachas polinesias y americanas que iban de un lado u otro.

El hecho de que para sentarse a descansar unos minutos escogiese el banco en el que estaba la anciana de blancos cabellos, lo libraba de toda sospecha de tipo conquistador. La anciana, que tenía un libro en las manos, volvió la cabeza, bajándola un poco para mirar al atractivo hombretón de blancos pantalones y camisa floreada que se había sentado junto a ella.

—Buenos días, joven —saludó alegremente—… Qué tiempo tan espléndido tenemos, ¿verdad?

El atlético paseante miró amablemente a la anciana, y asintió.

—En efecto, señora. Hoy no llueve.

—Tanto mejor —sonrió la anciana— porque, como ve, no he traído paraguas.

—En este clima hay que andar prevenido —advirtió el hombre de la camisa floreada—… Tan pronto hace buen sol como el verano se muestra generoso en lluvias. De todos modos, hay que admitir que el clima de las Hawai es estupendo. ¿No le parece, señora?

—¡Oh, sí! Estoy completamente de acuerdo. A mí, precisamente, los climas como éste me vuelven loca. Lo que más me gusta en esta vida es tomar el sol.

—Pues tenga cuidado. Dicen que el exceso de sol provoca el cáncer de piel.

—Bueno —volvió a sonreír la anciana—… De algo se ha de morir. ¿Sabemos algo de Simón-Pax?

—Lo siento —movió la cabeza Simón-Honolulu—… Pero, por el momento, no tenemos la menor noticia de nuestro Simón-Pax. En

cuanto a usted, Baby, teníamos entendido que no quería que los Simones de Honolulu interviniésemos en este asunto.

—Así es. Pero lamentablemente no tengo más remedio que solicitar ayuda. Yo sola no podría hacer todo lo que estoy tramando. Por eso he cambiado de opinión, como hacen los sabios, y le he citado a usted aquí.

—Por mi parte, encantado. Ya sabe usted que cualquiera de nosotros está dispuesto a hacer todo cuanto usted tenga a bien ordenarnos.

—Muchas gracias. He estado pensando seriamente en hacer una incursión más o menos astuta en el 18 de Kainapau Place… Pienso que posiblemente Simón esté allí.

—¿En la quinta que tiene alquilada el presidente Mantoo? —Simón-Honolulu movió negativamente la cabeza—. No. Seguro que Simón-Pax no está allí.

—¿Cómo puede usted saberlo con tanta seguridad?

—Bueno… Ciertamente, cuando llegaron sus órdenes respecto a nuestra no intervención en la desaparición de Simón-Pax, nosotros las obedecimos muy seriamente. Pero comprenda usted que con anterioridad ya nos habíamos… ocupado amablemente del presidente lapolandés, Tikaao Mantoo.

—¿Qué quiere decir?

—Veamos… ¿Qué diría usted que está haciendo, en Honolulu, el presidente Mantoo?

—Pues no lo sé. Entiendo que está aquí de vacaciones, pero naturalmente, y por culpa de nuestra desagradable deformación profesional, nosotros debemos pensar que el motivo de su estancia en las Hawai obedece a motivos más serios, más importantes.

—Pues no —sonrió Simón—… Los motivos del presidente Mantoo para pasar unos días en las Hawai, son realmente vacacionales. Por lo menos, así parece demostrarlo toda su actividad durante los varios días que ya lleva disfrutando de este formidable clima.

—Sigo sin entender.

—El presidente Mantoo, simplemente, está gozando de la vida. Al poco de llegar a Honolulu, sus… secretarios, que supongo son también sus guardaespaldas, se dedicaron muy discretamente a buscar en ambientes, llamémosles elegantes y discretos, unas

cuantas muchachas bonitas, que actualmente están invitadas en el 18 de Kainapau Place.

—¡Vaya por Dios! —Movió la cabeza la anciana—… De modo que tenemos como presidente de Lapoland a todo un juerguista. Pero, de todos modos, eso no explica cómo puede usted estar seguro de que Simón-Pax no se halla prisionero… o muerto en esa quinta. Pienso que, después de su relación con Doto Kinuu, quizá intentó él por su cuenta alguna acción, aunque fuese de prueba, para el secuestro del presidente Mantoo.

—Quizá. Pero me sorprendería mucho que Simón-Pax estuviese en esa quinta. Tenemos allí, desde los principios del reclutamiento de muchachas jóvenes y nativas, a una de nuestras más… simpáticas colaboradoras en las Hawai. Se llama Muana. No voy a decirle que sea precisamente una gran inteligencia, pero se las ha podido arreglar para echar un vistazo por toda la quinta. O prácticamente en toda.

—¿Y Simón-Pax no está en esa quinta?

—No.

—Bien… No sé. Quizá convendría que alguien un poco más experimentado se asegurase de eso, Simón. Naturalmente, usted y la bella Muana deben tener un sistema de contacto.

—Por supuesto. Muana se llevó una pequeña radio de las que solemos utilizar para distancias cortas, y que suele tener escondida en el jardín. De cuando en cuando, hace una escapada y me comunica cualquier novedad. Es decir, para ser exactos, me dice que no hay novedad. En la quinta todo son vacaciones, diversiones, y pieles quemadas. ¡Esos nórdicos! —Simón movió la cabeza—… Bueno realmente, tienen la piel tan blanca y tan fina que, en cuanto les toca el sol, se les levanta como si fuese papel mojado.

—Eso no es culpa de la piel, sino de que esas personas toman el sol de modo imprudente. Bien, Simón-Pax debe estar en alguna parte, ¿no es así? Pues hay que encontrarlo. Y debo hacerlo relativamente pronto, pues, de lo contrario, sea lo que sea lo que yo haga, siempre estaré en desventaja. No me gustaría que, cuando estuviese llevando a cabo mi plan, alguien apareciese con Simón-Pax, amenazándome con meterle una bala en la cabeza.

—Quizá tenga razón. Pero yo pienso que Harry está muerto. En cuanto a usted, quizá se está complicando mucho la vida… Ahora

mismo es posible que nos estén vigilando.

—No. Le aseguro que he tomado todas las precauciones posibles para evitar esa contingencia. Anoche, cuando me marché de la casa donde está Doto Kinuu y Kaabal Onooku, me aseguré bien de que nadie podía seguirme a mi apartamento privado, por decirlo así. Y desde allí hasta aquí es imposible que nadie se haya molestado en seguir a esta pobrecita anciana. Creo que tendremos que tomar una seria determinación, Simón. Pero antes, será mejor que le ponga al corriente de cuanto sé, por el momento, de este asunto sobre el TBD.

—¿El qué?

—El *True Bad Detector* —sonrió la anciana—. El Detector de la Verdadera Maldad.

Simón-Honolulu se quedó mirando, boquiabierto, a la anciana, que volvió a sonreír y acto seguido procedió a poner al corriente, de todo cuanto sabía, al agente de la CIA, que la escuchaba cada vez más estupefacto. Cuando la anciana terminó el relato, Simón-Honolulu se había repuesto ya de su pasmo, y, simplemente, estaba asombrado e incrédulo.

—Usted no puede creer en esa tontería del TBD —gruñó.

—No tengo más remedio que creer en ella, puesto que me sometí a una prueba, y su resultado deberíamos considerarlo satisfactorio… ¿O quizá a usted le parece que yo no soy bondadosa, sino malvada, Simón?

—No, no —respingó éste—… No he dicho eso. Pero… Bueno, no sé… Supongo que si ha funcionado con usted, es que puede funcionar con otras personas.

—Eso pienso yo. Obtener un triple cero en los gráficos del TBD es todo un indicio, me parece. Pero vamos a dejar ese aparato, y concentrémonos en la búsqueda, que vamos a organizar, de Simón-Pax. ¿Cuándo espera usted un nuevo contacto con Muana?

—Generalmente, salvo imprevistos que hasta ahora no han sucedido, ella suele llamarme hacia las dos y media o las tres de la tarde, es decir, después del almuerzo, y cuando casi todo el mundo se dedica a la siesta.

—*Okay*. Vamos a ver si le organizamos un pequeño *show* de entretenimiento al presidente Mantoo.

—¿Todavía más entretenimiento? —sonrió Simón.

—Sí. Un poco más. Cuando Muana le llame a usted esta tarde, Dígale que…

* * *

Tikaao Mantoo despertó de pronto, y se quedó mirando el techo. Luego, bruscamente, se sentó en la cama, y acto seguido volvió la cabeza hacia su izquierda, donde, también sentada, estaba una de las invitadas a las vacaciones del presidente de Lapoland, una bella muchacha polinesia, de grandes ojos oscuros.

—¿Qué pasa? —exclamó el lapolandés.

—No sé —se desconcertó la muchacha—… Hace mucho calor.

Entonces, Tikaao Mantoo se dio cuenta de que también él tenía el cuerpo brillante de sudor. Asombrado, puesto que hasta entonces había estado disfrutando de una temperatura ideal en el amplio dormitorio, miró a todos lados, y acabó por dejar fija la mirada en el gran acondicionador de aire en el que, hasta el momento, no había reparado en absoluto.

—Se ha detenido —lo señaló.

La muchacha saltó ágilmente de la cama, completamente desnuda, y se dirigió hacia el acondicionador de aire. Durante unos segundos, contemplada con no poco agrado por el presidente de Lapoland, estuvo actuando en los mandos. Por fin, se volvió hacia Mantoo y dijo:

—No funciona.

—Pues tendremos que cambiar de dormitorio —sonrió Mantoo.

Saltó él también de la cama, recogió el *sarong* estampado en vivos y alegres colores, única prenda que utilizaba allí, y comenzó a dirigirse hacia la puerta. La muchacha, sin molestarse en recoger ropa alguna, se unió a él, y cuando estaban a punto de salir del dormitorio, ella alargó la mano hacia el interruptor de la luz y lo accionó.

No se encendió la luz.

Y Tikaao Mantoo tuvo que comprender inmediatamente. Frunció el ceño, se colocó el *sarong* a la cintura, salió al pasillo, y accionó el interruptor de las luces de éste. Tampoco allí se encendió la luz.

Refunfuñando, Tikaao Mantoo fue hacia una de las puertas que daban al amplio pasillo del piso alto de la quinta, y, sin ceremonia

alguna, la empujó y entró en aquella habitación.

En la cama se oyó un doble respingo, y el albino y hercúleo hombre, que estaba con la morenísima muchacha polinesia, se separó de ésta y quedó de pie junto a la cama de un salto.

—Mataa —gruñó Tikaao Mantoo—, algo ha ocurrido con la instalación eléctrica. Ve a echar un vistazo a los contadores, a ver si puedes solucionarlo.

—Sí, señor —se apresuró a asentir Mataa.

Recogió su *sarong* y salió rápidamente de la habitación, colocándoselo a la cintura, mientras Mantoo, tras contemplar a la muchacha que había estado compartiendo la siesta del hercúleo Mataa, sonreía mostrando sus blanquísimos dientes. Mantoo guiñó un ojo, dio media vuelta, y salió de la habitación, reuniéndose en el pasillo con su compañera.

Tikaao Mantoo no era albino. Era simplemente muy rubio. Y sus ojos, aunque de tono claro, no parecían de cristal, como los de la mayor parte de sus acompañantes. Eran de un azul denso y limpio. Mantoo debía tener alrededor de cincuenta años, y resultaba todavía un hombre impresionante, por su estatura y su musculatura. Su rostro, de facciones planas y correctas, resultaba quizá un tanto inexpresivo, pero atractivo sin duda alguna.

—Me parece una tontería intentar seguir durmiendo la siesta —dijo amablemente—… Vamos abajo a tomar algo fresco, y luego pasearemos por el jardín.

La hawaiana sonrió, aceptando, por supuesto, la decisión del sorprendente personaje que la había invitado a pasar unos agradables y movidos días en la fastuosa quinta de Kainapau Place, delante mismo de Waialae Beach Park. Considerando el regalo recibido, de parte de aquellos sorprendentes hombres, y su trato agradable y la discreción de la pequeña aventura, se consideraba realmente afortunada.

En cambio, Tikaao Mantoo no fue muy afortunado en esta ocasión. El enorme frigorífico de la cocina, naturalmente, tampoco funcionaba, y las bebidas no estaban todo lo frescas que habría sido de desear. Todavía conservaban un cierto frescor, y el presidente de Lapoland se resignó a ello.

Estaban a punto de salir ambos de la cocina, con una lata de cerveza cada uno, cuando Mataa apareció.

—No es posible arreglarlo, señor —dijo—. No consigo localizar la avería, y casi me atrevo a decir que nosotros no podemos hacer nada.

—Bueno —gruñó Mantoo—. Tampoco somos nosotros los llamados a hacer algo. Hemos alquilado por un precio muy alto esta quinta, y todo tiene que funcionar perfectamente. Llama al agente de Honolulu con el que hicimos el trato, y dile lo que ocurre. La avería, sea cual sea, y provenga de donde provenga, tiene que ser arreglada inmediatamente.

—Sí señor —asintió Mataa, saliendo rápidamente de la cocina.

Ni siquiera veinte minutos más tarde, cuando, tras beber la cerveza y haberse refrescado un poco en el jardín, bajo la sombra de unos árboles, Tikaao Mantoo se disponía a hacer el amor con la bella muchacha polinesia, oyó el lejano ruido de un claxon. Se sentó, miró entre los arbustos de flores, y vio salir corriendo de la casa a Mataa, en dirección a las verjas que cerraban la entrada a la quinta, y protegían todo el terreno de ésta con agudas puntas de lanza.

La muchacha se abrazó al torso de Mantoo, y le dio un mordisquito en una oreja, pero el lapolandés la apartó suavemente y murmuró:

—Espera un momento.

No tuvieron que esperar ni siquiera medio minuto. Una camioneta apareció, procedente de la entrada. Mataa iba sentado en lo alto del capó, al parecer muy divertido. Al volante, Mantoo vio a un hombre, y la pareció que a la derecha de éste había otro. En la parte izquierda de la camioneta, que veía perfectamente, distinguió las palabras pintadas en rojo, y abajo, la sigla *Hawai Electric Company*, HEC.

—¡Ah! —exclamó sonriendo—. Así me gusta que trabaje la gente: con rapidez, y esperemos que con eficacia. Parece ser que vienen a reparar la avería eléctrica.

—Entonces —musitó la muchacha—, nosotros podemos seguir, ¿verdad?

Mantoo no contestó. Se limitó a acariciar los senos de la muchacha, mientras miraba todavía hacia la camioneta que se había detenido delante de la casa. Vio a Mataa saltar al suelo, y lo mismo hizo el hombre que había visto al volante. Luego, vio a la

otra persona que, en efecto, había estado al lado del conductor.

Era una mujer.

Una mujer que, pese a la distancia, llamó inmediatamente la atención de Tikaao Mantoo. Era bastante alta, y tenía una larguísima cabellera negra, que relucía al sol con tonos suavemente azulados. En un momento dado se volvió para decirle algo al conductor de la camioneta, y entonces, Tikaao Mantoo notó como un impacto en el estómago, al ver el hermoso rostro de la muchacha, los grandísimos ojos oscuros.

Mataa estaba hablando con el conductor de la camioneta de la *HEC*, y sus palabras llegaban como lejanísimos sonidos a oídos de Mantoo. Pero, realmente, éste no los oía. Ni oía las palabras ni veía nada, excepto a la bellísima muchacha de considerable estatura, que esperaba la decisión de los dos hombres que tenía delante. Ella llevaba un mono blanco, como el de su compañero, pero mientras los pantalones del mono de éste eran largos, normales, los de ella eran cortitos. Tan cortos que llegaban poco más abajo de las ingles. Tampoco su uniforme llevaba mangas y de este modo, Tikaao Mantoo se encontró contemplando una belleza verdaderamente impresionante. En el uniforme, en la parte alta, los senos proyectaban, marcando con fuerza la blanca ropa.

Cuando la muchacha se fue en pos de Mataa y el conductor de la camioneta hacia el interior de la casa, Mantoo estuvo contemplando las esbeltísimas piernas doradas, y el oscilante movimiento de las bien formadas y destacadas caderas de la muchacha.

Un instante después, ésta había desaparecido de la atónita mirada del presidente de Lapoland.

—Por favor —susurraba la muchacha junto a él—… por favor…

Mantoo la miró, parpadeó, y asintió lentamente.

—Sí… Sí, ahora mismo.

Dentro de la casa, Mataa había llevado a los dos empleados de la HEC, al pequeño compartimiento situado debajo de la escalinata que subía al primer piso, y les mostraba la instalación eléctrica, señalando los contadores y los fusibles.

—Ya le digo que la he revisado yo, y no encuentro nada que esté mal. Esta avería debe ser del exterior.

—Echaremos, antes, un vistazo, aquí —dijo el conductor de la camioneta—… Betty, ve a buscar la caja de las herramientas, por

favor.

—Enseguida, Mike, con mucho gusto.

—¿Ella también entiende de estas cosas?

—Naturalmente —le miró sorprendido Mike—… ¿Se cree usted que la compañía la ha puesto a mi lado sólo para recrearme el trabajo?

Aparentemente ajena a que era el centro de conversación de los dos hombres, Betty llegó a la cocina, y comenzó a examinarla. Pero no examinó precisamente las conexiones, ni ningún tipo de instalación eléctrica, sino que se dio una pequeña y rápida vuelta por ella, y tanteó en alguna parte de las paredes… hasta convencerse de que la cocina era simplemente cocina, y que no había allí puerta alguna que condujese a sótanos o bodegas. Lo que sí había era una puerta al fondo, que daba al jardín de la parte de atrás de la casa. Sin vacilar, Betty abrió esta puerta y salió al jardín.

Dio unos pasos por éste, mirando a todos lados hasta convencerse de que tampoco en aquella parte había cobertizo o pabellón alguno, donde pudiese permanecer oculta una persona. Entonces, se volvió a mirar la parte de atrás de la casa. Desde el jardín, una escalera volante, de amplios y cómodos peldaños de madera, pintada de blanco, subía hacia una pequeña galería que daba acceso directamente al piso destinado a dormitorios. Siempre sin la menor vacilación, Betty subió rápidamente y en silencio aquella escalera, llegó a la galería, y se detuvo ante la doble puerta de bonitas cristaleras, que le impedía el paso hacia el piso alto de la quinta. Probó la manilla de esta doble puerta, y cuando cedió, empujó suavemente.

Ante ella se extendía un amplio pasillo, con puertas a ambos lados. Entró, ajustó de nuevo la doble puerta, y quedó inmóvil, con el oído atento y mirando hacia las puertas de la derecha. Decididamente, abrió la primera, echó un rapidísimo vistazo al vacío dormitorio, y cerró. Luego, hizo lo mismo con la segunda. En este dormitorio sí habían dos personas, pero tan extremadamente ocupadas en el lecho, que ni siquiera se dieron cuenta del velocísimo vistazo de que habían sido objeto. La puerta se cerró de nuevo silenciosamente, y Betty, con un sarcástico gesto en los labios, pasó a la tercera puerta. Aquél era el dormitorio más grande de todos, y también estaba vacío.

Estaba a punto de abrir la siguiente puerta cuando, en el otro extremo del pasillo donde se iniciaba la escalinata, apareció la cabeza de un hombre. Luego, los hombros, y la cabeza de una muchacha hawaiana… Enseguida, apareció todo el cuerpo del hombre, terminando de ascender rápidamente hasta el pasillo.

—¿Quién es usted? —exclamó el albino sujeto—. ¿Qué está haciendo?

—Estoy buscando el cuarto de baño —sonrió Betty.

El hombre frunció el ceño, y se acercó a ella en actitud claramente agresiva.

—¿Quién es usted? —insistió—. Usted no es una de las invitadas.

—No señor. Yo solamente he venido a…

De un manotazo, el hombre la agarró por un brazo y le obligó a dar la vuelta, lanzándola de cara hacia la pared. Betty paró el golpe con las manos, y cuando iba a volverse, una de las manazas del hombre se apoyó en su espalda y la apretó como si quisiera incrustarla en el tabique. Acto seguido y rápidamente, la otra mano del hombre comenzó a palpar con toda rapidez las partes ocultas del cuerpo de la empleada de la Hawai Electric Company.

—¡Y no se mueva! Usted aquí no tiene…

Realmente, el hombre se llevó una sorpresa.

Una desagradable sorpresa.

Sin que pudiera saber cómo, la muchacha escapó de la presión de su mano, que fue a apoyarse fuertemente en la pared. Simultáneamente, Betty giraba encarándose hacia el hombre, que estaba ahora a su derecha, y, sin miramiento alguno, disparó su puño derecho, acertando al hombre bajo la axila del brazo que tenía apoyado en la pared.

El albino lanzó un terrible aullido de dolor, y acto seguido, con los ojos muy abiertos, se abalanzó contra Betty. Ésta, sin inmutarse, retrocedió un paso, al mismo tiempo que giraba de modo que el hombre pasó junto a ella sin tocarla siquiera.

Pero ella sí le tocó a él. De nuevo disparó su puño derecho, que esta vez fue a golpear con sonoro chasquido detrás y debajo de la oreja izquierda del agresivo personaje, que entre su impulso y el del golpe recibido dio tres o cuatro pasos más hacia delante, perdiendo el equilibrio hasta caer completamente de bruces.

Se revolvió como una fiera, se puso en pie de un salto, y volvió a la carga, lanzando llamaradas por los ojos. Realmente, su impulso era fuerte, y parecía que tan sólo con esto podía arrollar a una mujer que, si bien era alta, resultaba, con mucho, bastante inferior a él en estatura.

Pero las cosas estaban sucediendo de modo que aparecía una sorpresa tras otra.

Cuando el albino estaba llegando a Betty, ésta volvió a apartarse, girando de nuevo y alzando ahora su pierna derecha de modo que el pie fue a golpear justo en el plexo solar del hombre, que lanzó un extraño ronquido y volvió a caer al suelo, ahora arrodillado y parando dificultosamente el golpe con las manos.

Mientras tanto, la muchacha que había llegado con el hombre, había comenzado a dar grititos asustados, y dos puertas de los dormitorios se abrieron, y aparecieron dos hombres colocándose apresuradamente los *sarongs* y mirando, sobresaltadísimos, a todos lados.

Inmediatamente se abrió otra puerta, y apareció otro hombre más, mientras en la escalinata se oía el apresurado ascenso de otra persona. Mataa apareció como volando en el pasillo, y se quedó mirando, desconcertado y todavía sobresaltado, a su compañero caído de rodillas en el suelo y sacudiendo la cabeza. Los demás contemplaban hoscamente a la muchacha del diminuto mono blanco.

—¿Qué pasa aquí? —exclamó Mataa.

—¿Qué pasa aquí? —Se volvió Betty hacia él—. Pasa que los voy a denunciar a ustedes. Y ya le darán las explicaciones pertinentes a la Policía.

—¿La policía? —Palideció Mataa—. Pero… ¿qué es lo que ha ocurrido?

Betty señaló al albino que la había agredido, y que estaba poniéndose en pie.

—Ha ocurrido que ese salvaje…

—¡Betty! —Se oyó, de pronto, la exclamación de una voz femenina—. ¿Qué estás haciendo aquí?

La empleada de la Hawai Electric Company se volvió rápidamente al oír aquella voz, y se quedó contemplando estupefacta, a la desnuda muchacha que había aparecido detrás de

uno de los hombres.

—¡Muana! —exclamó a su vez—… ¿Qué haces aquí?

—Bueno —sonrió la bella polinesia—… Esto es precisamente lo que yo acabo de preguntarte.

—Pues yo he venido con uno de mis compañeros de la HEC a reparar una avería en esta casa —volvió a mirar vivamente al albino que ya se había puesto en pie—… ¡Y este hombre me ha atacado!

Mataa miró al agresor, que abría la boca para intervenir en la conversación. Le hizo un seco gesto, y el hombre se calló, escuchando, en cambio, el torrente de palabras que en su idioma le disparó velozmente Mataa. Farfullando cosas por lo bajo, el agresor tomó de un brazo a la muchacha que había subido con él, y desapareció dentro de uno de los dormitorios, dando un portazo.

En aquel mismo momento, la luz del pasillo se encendió, y Mataa, que estaba mirando a Betty, evidentemente dispuesto a dar una explicación, alzó la cabeza y se quedó mirando una de las pequeñas arañas de cristal que pendía del techo. Miró luego a otra, asintió con un gesto, y acabó por encoger los hombros.

—Parece que la avería ha sido reparada ya por su compañero Mike —murmuró, mirando a Betty—. Por favor, señorita, venga conmigo. Yo le explicaré lo que ha ocurrido.

—Tendrá que explicármelo muy bien, pues de lo contrario los denunciaré a la policía.

—Vamos, vamos, querida —intervino Muana—… Evidentemente, todo ha sido un error. El hombre que ha peleado contigo se llama Taako, y te aseguro que es un buen muchacho. Pero esta casa ha sido convertida temporalmente en un lugar muy exclusivo, y tú no formas parte de la reunión.

—Por favor, señorita Betty —tendió una mano Mataa—, venga conmigo. Vamos a reunimos con su compañero, y le aseguro que mis explicaciones la satisfarán.

—Será mejor para todos ustedes —refunfuñó Betty—. Adiós, Muana… Por cierto, tú todavía no me has dicho lo que estás haciendo aquí.

—Nada que deba sorprenderte —rió la polinesia—. Ya nos veremos, querida.

—*Okay*. Hasta otra.

Mataa y Betty emprendieron el regreso a la planta baja. Cuando llegaron ante la pequeña cabina donde estaba la instalación eléctrica, Mike estaba ya recogiendo las herramientas. Alzó la cabeza, miró con amable ironía a Mataa, y dijo:

—De modo que usted ya había examinado la instalación, ¿eh?

—Le aseguro que lo hice —intento sonreír Mataa—… Pero nunca he pretendido saber más que un profesional.

—Eso está demostrado. Bueno, creo que iodo vuelve a funcionar ya debidamente en la casa. Pero quizá convendría que Betty y yo echásemos un vistazo por todas partes, por si encontramos el lugar donde se ha producido el cortocircuito.

—No vale la pena —negó Mataa—. Puesto que todo vuelve a funcionar, es mejor dejarlo así.

—Le advierto que tal como ha sucedido la avería, puede volver a presentarse de un momento a otro.

—En ese caso, les volveríamos a llamar —dijo Mataa.

—Como quiera. —Mike se puso en pie, ya cerrada su caja de herramientas, y se quedó mirando a Betty—… ¿Qué ha pasado por ahí arriba?

—Un tipo de esa casa debió creerse que yo era una ladrona, o qué sé yo, y ha intentado agredirme.

—¿A ti? —Mike se echó a reír—. Supongo que le has dado una buena lección de karate.

—He hecho lo que he podido —asintió, sonriente, Betty—… Pero todavía estoy esperando una explicación, que me disuada de denunciar a ese sujeto a la policía. ¿Qué se ha creído ese salvaje para atacar así a una persona que está haciendo su trabajo? Estaba buscando el cuarto de baño, por si se había producido allí la avería, con el calentador o cualquier otra instalación, y de pronto aparece me tira contra la pared, y empieza a manosearme.

—¡No me lo digas! —rió Mike.

—Ha sido todo un malentendido —dijo Mataa, con gran amabilidad—… Voy a rogarle a usted, señorita, que tenga en cuenta que mi compañero Taako, como yo mismo y otros, estamos aquí garantizando la seguridad de una persona instalada en la casa. Naturalmente, cuando Taako la ha visto a usted, sin más, en el piso de arriba, ha podido pensar cualquier cosa menos que usted fuese una empleada de la compañía de electricidad. Voy a suplicarle a

usted… a los dos, que nos disculpen, por favor.

—Está bien —refunfuñó Betty—. No vale la pena alargar la cuestión. Ya veo que ha sido todo un malentendido, realmente. ¿Nos vamos ya, Mike?

—Sí, desde luego. —Mike sacó un cuaderno, pasó unas hojas, anotó algo en un ángulo, y tendió el cuaderno a Mataa—… ¿Quiere usted firmar aquí, por favor?

—Sí, con gusto.

Mataa firmó en el lugar indicado, admitiendo haber recibido el servicio de reparaciones de la Hawai Electric Company, y luego acompañó a los dos técnicos hasta la camioneta. Les vio subir a ella, la camioneta maniobró, y, cuando enfiló el sendero hacia la salida de las verjas, Mataa caminó unos pasos hasta colocarse en un lugar desde el cual el vigilante de las verjas pudiese verle, haciendo el gesto de permiso de salida para la camioneta.

Segundos después, ésta salía del recinto de la quinta, las verjas volvían a ser cerradas.

Y dentro de la camioneta, Mike, el conductor, miro un instante a Betty e inquirió:

—¿Qué?

—Nada —movió ella la cabeza, con un gesto de disgusto—… La aparición de ese hombre ha sido verdaderamente inoportuna, Simón. No he podido asegurarme completamente de que Simón-Pax no está en la casa.

—Yo insisto en que, si estuviera en ella, Muana lo habría visto.

—Quizá. Pero lo cierto es que a mí me gusta convencerme de las cosas por mí misma, de modo que habrá de poner en práctica la segunda parte del plan.

—Suponiendo que funcione —murmuró Simón-Honolulu—. Y por otra parte, yo, desde luego, no me fiaría ni una pizca de esa gente. Pueden ser realmente peligrosos, Baby.

—Bueno —sonrió la espía internacional—, en nuestra profesión, todos somos peligrosos, Simón, Supongo que no ha tenido usted ninguna dificultad con los contadores y los fusibles.

—No, no, ninguna. Ya estaba previsto, naturalmente, que nuestro compañero hiciese la conexión en el cable cortado cerca de la quinta, cuando oyese la señal de llamada por la radio de bolsillo. Yo sabía que podía hacerla tranquilamente, tan sólo metiendo la

mano en mi bolsillo y apretando el botón, pero con el jaleo que ha organizado usted arriba, todavía ha sido más fácil. Al recibir mi señal, nuestro compañero ha vuelto a conectar el cable, yo he puesto fusibles nuevos, y asunto solucionado. Parece que hayamos hecho la gran reparación eléctrica.

—Que no ha servido de nada —pareció disgustada Betty—… Pero, en fin, puesto que ya previmos esta contingencia, vamos a esperar la segunda parte del plan. Espero que, con la intervención de Muana, todo funcione perfectamente.

—Esperemos que así sea. ¿La llevo adonde dejamos su coche?

—Sí, por favor.

Betty pasó a la parte de atrás de la camioneta, y allí procedió una vez más a cambiar su aspecto. Se quitó el pequeño y casi provocativo mono blanco, quedando en pantaloncitos y sujetadores, y procedió a colocarse la indumentaria y el disfraz que la convertía en Lili Connors. El cambio era evidente y sorprendente, Betty había sido una muchacha de cierto exótico aspecto polinesio, aunque no completo; sus mejillas habían sido más voluminosas, su nariz bastante más dilatada, sus ojos negros… pero una vez hubo retirado las almohadillas de espuma del interior de la boca, y los aros de plástico de las fosas nasales, y las lentillas de color negro, apareció simplemente el rostro de Brigitte Montfort. Rostro que, poco después, con las lentillas de color verde y la peluca rubia, pasaba a ser el de la señorita Lili Connors.

Ésta se aseguró de que lo había recogido todo, cerró el maletín, y volvió a la parte delantera, sentándose junto a Simón-Honolulu, que le dirigió un vistazo e hizo un gesto como de resignación.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Lili Connors.

—Sólo me estaba preguntando qué aspecto tendrá usted la próxima vez que nos veamos.

—El que convenga —musitó la divina espía—… Siempre el aspecto que convenga, Simón. Ahí está mi coche.

Simón asintió, comenzando a frenar.

—Todo esto es absurdo —refunfuñó—. No tiene ni pies ni cabeza. ¿No le parece?

—Me parece —asintió Lili Connors—. Pero lo que nos parezca a nosotros es una cosa, y la realidad es otra, Simón. Así que, como aparte de la curiosidad que despierta en mí esa realidad, está la

desaparición de nuestro compañero, pienso seguir adelante hasta el final. Si no fuese por Simón-Pax, ya habría tomado otras medidas, pero, como le dije, hay que adaptarse a las circunstancias.

—Supongo que tiene razón… pero yo, de usted, no me fiaría demasiado de esa gente. Sobre todo, del tal Doto Kinuu… Si realmente es un espía, por muy modesto que sea, tiene que saber mentir y engañar al prójimo. Y puesto que no sabemos realmente en qué consiste el asunto, yo no me fiaría de él.

—Si quisieran matarme, ya podrían haberlo hecho —murmuró Lili Connors—. No sólo cuando me sometí a la prueba del TBD, sino antes, cuando Doto Kinuu me sorprendió en aquella casa, y me tuvo a tiro de su pistola. Precisamente, si me sometí a la prueba del TBD, quedando prácticamente inerme ante ellos, fue porque ya había comprendido que no pretendían matarme.

—Está bien —se resignó de nuevo Simón-Honolulu—. Sería una tontería que yo pensase que usted no sabe lo que está haciendo. Pero a la menor dificultad, llámeme, por favor.

—No tenga la menor duda de que lo haré.

La camioneta se había detenido. Lili Connors hizo un gesto de despedida al conductor, y se apeó. Segundos después, instalado al volante de su coche, se alejaba de allí… mientras Simón-Honolulu hacía lo mismo, en otra dirección.

Capítulo VI

Doto Kinuu, que todavía no había salido de su asombro, dejó de mirar a la muchacha de piel dorada, cabellos y ojos negros, y vestida un tanto exóticamente, para mirar hacia el teléfono. Luego, volvió a observar a la bellísima muchacha de aspecto razonablemente polinesio, y musitó:

—Parece que su plan no va a dar resultado, Baby.

Ésta, que se hallaba de pie delante de una de las ventanas del modesto *bungalow* alquilado aquella misma mañana en Luina Koa, se volvió, y, tras un gesto de vacilación, murmuró:

—Es posible. De todos modos, todavía es muy pronto, señor Kinuu. Sabremos que el plan no habrá dado resultado, en ninguna de sus dos facetas, si después de las ocho no ha sonado el teléfono.

—Quizá lo está complicando usted demasiado —insistió Doto Kinuu—… A fin de cuentas, si hubiese recurrido a unos cuantos hombres de la CIA para tomar por asalto esa quinta, seguramente ya tendríamos en nuestro poder al presidente Mantoo. Esos compañeros de usted podrían haber ido a la quinta, dentro de la camioneta.

—Para una acción así, siempre estamos a tiempo —rechazó Betty—… Por otra parte, ya le he dicho, en repetidas ocasiones, que quiero asegurarme de que una acción directa de esa clase no iba a ocasionar automáticamente, y en primer lugar, la muerte de mi compañero Harry Dillman. En cuanto a mis compañeros, señor Kinuu, sepa usted que no me gusta arriesgarlos estúpidamente, de modo que,…

Justo en aquel momento sonó el teléfono.

Los dos lo miraron vivamente; y sin transición, la agente Baby, es decir, en aquellos momentos Betty Kilao, se acercó rápidamente al aparato y descolgó el auricular.

—¿Sí?

—…

—Ah, Muana, querida, ¿qué tal?

—…

—Me alegro. ¿Quieres algo de mí? Es que me disponía a salir ahora mismo…

—…

—Oh, bueno, si, entiendo. Pero realmente no sé si me gustaría estar invitada en ese lugar.

—…

—No seas tonta —rió encantadoramente Betty Kilao—… Claro que no guardo rencor a nadie. Además, aquel guapo muchacho se llevó algunos cuantos golpes, que se podía haber ahorrado. Lo que pasa es que tenía una cita.

—…

—Claro que puedo cancelarla, pero me pregunto si realmente vale la pena.

—…

—¿De veras? Bien… no sé… Además, tú sabes que no me gusta pasarme de rosca. Lo de pasar unos cuantos días en una casa tan hermosa, con piscina y jardín, me parece muy bien, pero tengo mi empleo, ¿recuerdas?

—…

—Bueno, ya sé que a ti no te parece importante tener un empleo como el mío. Pero a mí me gusta hacer las cosas de ese modo. Le da a una un cierto tono más respetable, ¿no te parece?

—…

—Sí, quizá tengas razón. Es muy posible que todo sean tonterías mías. ¿Cuántos días de permiso tendría que pedir a la Hawai Electric Company?

—…

—Bien… Sí, creo que podría conseguirlos. ¿Realmente crees que será interesante para mí esa experiencia?

—…

—De acuerdo… Me has convencido. Voy a cancelar mi cita, y dentro de veinte minutos o media hora estaré ahí. Espero que no te equivoques, y que realmente valga la pena.

—…

—Está bien. Adiós, querida… Hasta pronto.

Betty Kilao colgó el auricular, quedó un instante pensativa, sonriendo ceñudamente, y luego miró a Doto Kinuu, que la contemplaba, expectante.

—Parece que ha dado resultado —musitó el lapolandés.

—Así es. Al menos, aparentemente. Ahora, vamos a dejarlo todo bien organizado por nuestra parte, señor Kinuu. Y espero que no sea usted de esos espías que cometen errores de importancia.

—Procuraré estar a su altura —aseguró Doto Kinuu.

Betty Kilao asintió con un gesto, colocó sobre la mesita del teléfono su maletín, lo abrió, y sacó una radio de bolsillo, que tendió al lapolandés.

—Ya sabe usted cómo funcionan estos aparatos. La onda que tiene puesta es la misma que la del mío de reserva. Por lo tanto, en cualquier momento, podemos ponernos en contacto. Ahora bien, tenga usted en cuenta que no debe llamarme bajo ningún pretexto… es decir, solamente admitiré su llamada para escuchar que ustedes han encontrado a mi compañero Harry Dillman. Todo lo que no sea esto, no me interesa. ¿De acuerdo?

—De acuerdo y entendido —asintió Kinuu.

—Bien, ahora se marchará usted de aquí, con el material que le he entregado, y acudirá al lugar que ya le he indicado, para hacerse cargo del helicóptero que la CIA ha puesto a nuestra disposición. Todo lo que tendrán que hacer ustedes, será esperar mi llamada. Nada más que eso, señor Kinuu.

—Sí, sí, lo he comprendido todo perfectamente, no se preocupe.

—Está bien. No se descuide, puede que le llame esta misma noche… Depende de cómo vayan las cosas, en el 18 de Kainapau Place.

* * *

Tikaao Mantoo consiguió reaccionar, por fin, ante la espléndida belleza de la joven de largos cabellos que tenían tonos azulados, y los negrísimos ojos que le contemplaban con un destello de interés y de malicia.

Tendió la mano derecha hacia ella, y cuando tuvo la de Betty Kilao, puso la otra suya encima, acariciándola suavemente.

—No ha debido venir usted en taxi —protestó—. Si hubiese

sabido que no tenía coche, habría enviado uno de los míos a recogerla.

—No tiene importancia —sonrió Betty Kilao.

—Sí la tiene. Pero, en fin, puesto que ya han sucedido las cosas así, no vamos a amargarnos por ello.

—Claro que no —le miró, sonriente, la bellísima Betty—. Ese no es un motivo para que unas personas se amarguen la vida, señor… señor…

—Puede llamarme Dick —sonrió Tikaao Mantoo—. Pero un nombre no tiene ninguna importancia, ¿no le parece?

—No sé. Todas las cosas son relativas… ¿Está usted preparando una fiesta, Dick?

—Así es —rió el presidente de Lapoland—. Todas las noches, desde que he llegado a las Hawai, doy una fiesta. Una fiesta privadísima, íntima, por supuesto. Hago venir, de una de los mejores restaurantes de Honolulu, un par de cocineros, y algunos camareros, que nos sirven la comida especialmente encargada, y nos dedicamos a cenar alegremente, escuchando… la simpática música de las Hawai, y hasta nos permitimos bailar un poco.

—Entiendo. Todo un *luau*, ¿verdad?

—Pues sí —rió Tikaao Mantoo—. Todo un *luau*, en efecto. Espero que no le disguste.

—Por el contrario. Cuando he llegado y he visto el movimiento, y he comprendido que se trataba de una típica fiesta hawaiana, me ha parecido magnífico.

—Lo celebro. Según Muana, usted no es polinesia cien por cien, señorita Kilao.

—No. Mi madre era una preciosa norteamericana, que se casó aquí con mi padre… el cual, según dicen, era un hermoso muchacho hawaiano, que tenía los ojos dulces y suaves como terciopelo.

Tikaao Mantoo se echó a reír abiertamente.

—Estoy convencidísimo de que tiene usted razón —exclamó—. Sólo hay que verle los ojos a usted para comprender que, en efecto, su padre debía tenerlos también muy hermosos. Me imagino que la linda norteamericana, que era su madre, debió quedar locamente enamorada de él, en cuanto lo vio.

—Eso tengo entendido.

—Entonces, a su madre le pasó, con respecto a su padre, lo mismo que a mí me ha pasado con respecto a usted.

Betty Kilao se quedó mirando, como desconcertada, al hombre que debía llamar Dick. Por fin, parpadeó, y acabó sonriendo.

—Es usted muy amable, Dick. Pero no hace falta que lleve su amabilidad verbal hasta esos extremos. Me basta con que, tal como me ha asegurado mi amiga Muana, todo se reduzca a pasar unos agradables días en su quinta.

—Algunas cosas —murmuró Tikaao Mantoo— se sabe cuándo y cómo empiezan, generalmente, pero casi nunca se puede saber cuándo y cómo van a terminar.

—¿Qué quiere decir?

—Que, a veces, lo que empieza como un juego divertido, puede acabar muy seriamente.

—¿Está burlándose de mí? —Pareció encresparse Betty Kilao.

—¡Claro que no! —aseguró muy convincentemente Tikaao Mantoo—. No lo haría de ninguna manera… Pero ya hablaremos de eso, en otro momento. Lleva usted un bonito vestido de noche.

—¿Debo entender con eso que no le gusta?

—Por favor, no sea tan suspicaz. Realmente lo encuentro encantador. Pero aquí somos bastante más informales. Me pregunto si le disgustaría a usted prescindir del vestido y ponerse uno de nuestros *sarongs*, como hacen Muana y todas las demás chicas invitadas.

—Claro que no me molestaría.

—Bien. Tengo toda una colección de *sarongs* en mi dormitorio. Subamos, y podrá elegir usted el que más le guste.

—Muy bien, gracias. Pero creo que sería mejor que me acompañase Muana… Supongo que ella está más capacitada que yo, y sobre todo más que usted, para elegir el *sarong* más bonito.

—Pues… Está bien —rió una vez más Tikaao Mantoo—. Que la acompañe Muana. Mientras tanto, yo daré aquí las últimas órdenes para que todo quede tan bien preparado como las otras noches en el jardín, a fin de que todos disfrutemos amablemente del *luau* de esta noche.

—Estupendo. Estaré lista enseguida.

Betty Kilao miró a Muana que, igual que las otras chicas y la mayoría de los hombres de Tikaao Mantoo, estaban reunidos en el

living, tomando unos aperitivos. Muana sonrió al hombre que la tenía abrazada por la cintura, le cuchicheó algo al oído, y el hombre se echó a reír. La hawaiana se desprendió de su brazo, también riendo, y fue a reunirse con Betty. Abrazadas las dos por la cintura, como buenísimas amigas, abandonaron el grandioso salón de la espléndida quinta alquilada por el presidente de Lapoland.

Charlando animadamente, cruzaron, el amplio vestíbulo, en el que había ya algunos de los camareros llegados del restaurante, así como dos cocineros, que transportaban grandes bandejas hacia la cocina, para terminar de preparar algunos de los platos.

Seguidas por las admirativas miradas de aquellos hombres, a los que esperaba una noche de trabajo, mientras otros se divertían a lo grande, las dos muchachas subieron al primer piso.

Una vez arriba, Muana señaló la puerta de la habitación que correspondía a Tikaao Mantoo. Entraron las dos, la nativa cerró la puerta, e inmediatamente su mirada quedó fija en Betty Kilao, que estaba colocando sobre una butaquita su maletín rojo, con florecillas azules estampadas.

—No tuve que hacer nada especial para convencer a nadie de que la invitaran, Baby —susurró la muchacha—. Resulta que Mantoo la había visto antes, cuando llegó con la camioneta, y después que le contaron lo sucedido con Taako, y que yo la conocía, fue él quien vino a hablar conmigo para trabajarme discretamente, según creía él, a fin de que consiguiera invitar a mi amiga Betty.

—Entiendo. O sea que todo ha sido aún más fácil de lo que podíamos esperar. Está bien. ¿Ha insistido en buscar a Simón-Pax?

—No hay nada más dónde insistir, se lo aseguro —afirmó rotundamente Muana—. Si en esta quinta hubiese alguna persona escondida en alguna parte, yo ya la habría localizado, de un modo u otro y fuese como fuese.

—Por lo general —susurró la agente Baby—, no suelo confiar plenamente en los trabajos que realizan los demás. Pero usted me está hablando con tal seguridad que, viéndola y mirando sus ojos, me parece que no debo dudar ya más al respecto.

—Le aseguro que Harry no está en esta quinta. Yo lo sabría. Me las he arreglado para resultar simpática a todo el mundo, de modo que puedo hacer lo que me plazca.

—Hasta cierto punto —musitó Betty Kilao—. Tengo la impresión

de que, en esta ocasión, su trabajo para la CIA le está resultando particularmente duro, Muana.

—Oh, ¿lo dice por tener que acostarme con estos hombres? No es cosa que tenga gran importancia. Estoy segura de que usted también lo entiende así. De todos modos, son unos muchachos simpáticos, agradables, sanos y fuertes… y le aseguro que para mí nunca ha representado ningún sacrificio disfrutar agradablemente del sexo.

—Celebro que se lo tome así —sonrió Betty—. Realmente, no hay que darle demasiada importancia a un simple acto sexual. Por mi parte, hace ya tiempo que estoy convencida de que, sólo cuando se ama, tiene verdaderamente importancia. Por lo demás, son pequeños incidentes en la vida de una persona. Bien, creo que debemos dedicarnos a elegir uno de los *sarongs* del buen Dick, para que éste quede debidamente complacido.

—Él quiere acostarse con usted, naturalmente —advirtió Muana —. Supongo que usted ya lo ha comprendido.

—Por supuesto que lo he comprendido —asintió Betty—. Pero esos deseos masculinos siempre nos proporcionan a las mujeres muchas ventajas, ¿no le parece?

—Desde luego que sí —rió Muana—. De todos modos, estoy segura de que usted se las arreglará mucho mejor que yo para no tener que ceder en cuestiones sex…

La puerta del dormitorio se abrió, y apareció Tikaao Mantoo, muy sonriente, preguntando:

—¿Puedo ayudar en algo?

—Todavía no habíamos empezado a elegir el *sarong* —le sonrió Betty Kilao—. Y bien pensado, creo que será mejor que lo elijamos a gusto de usted, no al de Muana, Por lo tanto, creo que sí puede ayudar en algo, Dick.

—Lo haré con muchísimo gusto —murmuró Mantoo; mirando de soslayo a Muana.

Ésta captó la mirada, y, con disimulo, miró a Betty. La expresión del rostro de ésta le hizo comprender que no sólo aceptaba la situación, sino que le parecía una excelente oportunidad para sacar partido de ésta.

—Bueno… puestas así las cosas —sonrió Muana—, lo mejor será que vuelva abajo con los demás. Hasta luego, querida.

Tikaao Mantoo se apartó, cediendo el paso, muy gentilmente, a la muchacha polinesia. Cuando ésta hubo salido, cerró la puerta, volvió a mirar sonriente a Betty Kilao, y luego señaló hacia el gran armario.

—Vamos a ver si podemos encontrar algo que realmente vaya de acorde con su belleza… Aunque estoy convencido de que cualquier cosa tiene que sentarle bien a usted, señorita Kilao.

—Por favor… No sé si le he pedido ya que me llame simplemente Betty, Dick.

El apuesto lapolandés sonrió una vez más, se acercó al armario, y sacó unos cuantos *sarongs* que fue a depositar sobre la cama. Cuando miró a Betty, ésta le estaba mirando a su vez, sonriente. Y sin dejar de sonreír ni de mirarlo, la muchacha comenzó a desvestirse. En pocos segundos, el espléndido cuerpo sorprendentemente dorado de Betty Kilao apareció ante la mirada un tanto tensa del presidente de Lapoland.

—Bueno —murmuró ella—, podemos empezar las pruebas cuando guste, Dick.

Tikaao Mantoo estuvo unos segundos todavía mirando fijamente aquel espléndido cuerpo. Luego, se acercó, y sin vacilación alguna deslizó sus manos por las tensas y bien curvadas caderas del cuerpo femenino.

—Puesto que cualquier *sarong* va a sentarle bien —susurró—, yo creo que el tiempo que invertiríamos en elegir uno, podemos dedicarlo a algo mucho más satisfactorio y agradable.

—Pero… nos están esperando abajo, Dick —susurró ella.

—Le aseguro que la cena no empezará sin nosotros —dijo él, inclinándose hacia la boca de Betty, mientras sus manos ascendían con suave sonido sobre la tersa piel.

—En ese caso…

Capítulo VII

Considerando la situación en sus exactos términos y circunstancias, el *luau* fue un completo éxito.

La comida fue excelente, servida con gran profesionalidad y conocimientos por los camareros. La música resultó agradable, y se llegó con ella a extremos de verdadera diversión, e incluso, encanto. Pese a que los personajes principales del *luau* eran extranjeros y por completo desconocedores de un auténtico *luau*, todo resultó muy agradable, porque allí, lo único que se tenía en cuenta era la alegría, unos verdaderos deseos de diversión y esparcimiento.

Naturalmente, el ambiente se fue caldeando, y así, cuando ya finalizada la cena, los cocineros y los camareros, llegados del restaurante, recogieron todas las cosas y, tras cargarlas en la camioneta, se despidieron, la situación estaba verdaderamente cargada.

Las muchachas invitadas al 18 de Kainapau Place continuaban bailando y cantando, tañendo, algunas, sus instrumentos con auténtica gracia. Evidentemente, Tikaao Mantoo no había improvisado aquellas vacaciones. Parecía que fuesen perfectamente estudiadas, en todos sus detalles. Como, por ejemplo, las bonitas y graciosas invitadas nativas no sólo tenían un comportamiento discreto y adecuado al alto rango de la juerga, sino que además sabían bailar y tocar varios instrumentos, que casi conseguían un auténtico ambiente de fiesta hawaiano.

Y como en casi todas las fiestas del mundo, en las que intervienen hombres y mujeres, la situación fue definiéndose, por fin, con mucha claridad. Primero desapareció entre los arbustos el simpático Mataa, acompañado de su riente pareja. Tras él, y, por supuesto, en otra dirección, fue Keino quien se eclipsó, sin molestarse en absoluto en disimular la fuga.

Tikaao Mantoo miró con intención a Betty Kilao, y sonrió.

—Bueno… creo que nosotros podríamos ir a descansar unos minutos entre las flores, Betty.

—Sí —sonrió dulcemente la muchacha—… pero la verdad es que hay demasiada gente por aquí, Dick. Estamos todos muy agrupados.

—No me lo parece así —rió el presidente de Lapoland—. Pero quizá pueda sugerir algo diferente.

—Claro que sí —rió ella—. Lo mejor es que vayas a esperarme al otro lado de la casa, y de este modo, estaremos completamente solos.

—De acuerdo —asintió Mantoo—. Vamos para allá.

—Oh, adelántate… Yo tengo que ir a la casa a hacer una pequeña cosa. Me reuniré allí, contigo, enseguida.

—Muy bien.

Betty Kilao se puso en pie, y se dirigió hacia la casa, seguida por la mirada de Tikaao Mantoo… y por la de algunos de sus hombres, que todavía estaban disfrutando del baile y la música, a la espera del auténtico e inevitable final de fiesta.

El presidente de Lapoland, hombre evidentemente cordial y simpático, sonrió a sus hombres, les guiñó un ojo, se puso en pie, y se dirigió hacia el fondo del jardín por un lado de la casa, seguido por las sonrientes miradas de los albinos lapolandeses.

Dentro de la casa, Betty Kilao subía rápidamente las escaleras. Llegó al dormitorio grande, fue adónde había dejado su maletín, y sacó de éste la radio de bolsillo, haciendo inmediatamente contacto.

—Dígame —oyó la voz de Doto Kinuu.

—Señor Kinuu, le espero a usted, con el helicóptero, exactamente dentro de quince minutos… ¿Podrá estar aquí en ese tiempo?

—Desde luego que sí —sonó excitada la voz del espía lapolandés.

—De acuerdo. Quiero que utilice el arma que le facilité. De ninguna manera deben haber muertes en esta operación. Repito e insisto, señor Kinuu: ni una sola muerte, ¿está bien claro?

—No se preocupe usted. Si el arma que me facilitó funciona como me dijo, no habrán muertes. Le aseguro que no tengo ningún interés personal en matar a nadie. Sobre todo, teniendo en cuenta que, posiblemente, los hombres que están con el presidente no sean

tan canallas como suponemos que es él.

—Perfecto. Dentro de quince minutos, pues.

Betty cerró la radio, la guardó en el maletín, cerró éste, lo sujetó con la mano izquierda, y salió del dormitorio… Poco después salía de la casa, y rodeaba ésta hacia el jardín de la parte de atrás. Cuando llegó allí, todo era olor de flores, y, lejana ahora, se percibía la música de quienes todavía estaban prolongando un poco el luau.

—Aquí, Betty —se oyó la voz de Tikaao Mantoo.

Ésta se desvió hacia unos arbustos, se introdujo en ellos, y se encontró inmediatamente entre los fuertes brazos del presidente de Lapoland, el cual se inclinó hacia la boca de la muchacha, murmurando:

—Todos los riesgos deberían tener compensaciones tan hermosas como la que representa usted.

—Quizá lo que realmente sea un riesgo es amarme —murmuró Betty.

—No lo creo.

—Bien… Creo que será mejor que nos dispongamos a descansar un poco. ¿No estaríamos mejor, tendidos?

Tikaao Mantoo soltó a Betty Kilao, y comenzó a inclinarse para tenderse en el suelo, sobre el mullido césped, que se notaba suave y fresco… En esta postura estaba cuando la mano derecha de la bellísima Betty Kilao golpeó, sin excesiva fuerza ni ruido, pero con gran efectividad, en un lado de su cabeza. Tikaao Mantoo emitió un gemido, giró mientras caía, y finalmente quedó tendido sobre la hierba, de cara al cielo. Betty Kilao estuvo unos segundos mirando al presidente de Lapoland. Luego, se inclinó sobre él, lo examinó, y asintió con la cabeza. Colocó el maletín junto a ella, lo abrió, y sacó un rollo de esparadrapo de color rosa, el que generalmente utilizaba la agente Baby para sujetarse en el muslo izquierdo la pistolita de cachas de madreperla.

En esta ocasión, el esparadrapo fue utilizado para sujetar fuertemente los pies de Tikaao Mantoo, y luego las manos a la espalda. Por último, con otro par de tiras de esparadrapo, Baby selló la boca de Tikaao Mantoo.

Luego, la divina espía se dispuso a esperar… mientras, no muy lejos de ella, continuaba sonando la música del *luau*.

* * *

Naturalmente, Doto Kinuu fue puntual.

Baby estaba calculando que habían transcurrido ya trece o catorce minutos por lo menos, cuando comenzó a oír el sonido de un helicóptero, que se iba acercando. El sonido fue haciéndose a cada instante más fuerte, más audible hasta que finalmente, el aparato, ahora va sofocando con el zumbido del motor la música del *luau*, apareció sobre el jardín de la quinta de Kainapau Place.

Para entonces la agente Baby había sacado ya de su maletín lo que parecía una compresa corriente de gasa, y que era realmente una mascarilla antigás, tantas veces utilizada durante sus trabajos. Se la colocó de modo que tapase la boca y la nariz, sujetándola con unos trocitos de esparadrapo ya preparados, y comenzó a deslizarse rápidamente por el jardín, de modo que no pudiese ser vista por los lapolandeses que todavía seguían deleitándose con el cimbreante baile de las muchachas invitadas.

Pero los lapolandeses habían dejado ya de interesarse por éste. Se habían puesto en pie, y contemplaban, todos con gesto estupefacto, el helicóptero que decididamente parecía dispuesto a posarse en el centro de la explanada que separaba la casa del amplio jardín delantero. Mirando hacia arriba entre los arbustos, Betty Kilao vio el reflejo metálico de su tubo-fusil, y cuando bajó la mirada hacia el grupo nutrido de lapolandeses y polinesias, que habían estado mirando el aparato, los vio ya a todos tendidos en el suelo. Ya no había ni música, ni risas, ni baile.

Baby corrió hacia el grupo recién dormido por los efectos del gas narcótico, disparado por Doto Kinuu, y, tal como era de prever, vio aparecer a Mataa, seguido por su amiguita de turno. La dispersión del gas narcótico no había llegado hasta donde habían estado ambos, disfrutando de la vida.

Mataa también la vio a ella, acercándose rápidamente, y su boca se movió diciendo algo que el zumbido del helicóptero impedía oír.

Tampoco hacían falta palabras.

Todo estaba dicho.

Betty Kilao alzó la mano derecha, sosteniendo con firmeza la pistolita de cachas de madreperla, apuntó un instante, y disparó por dos veces.

Unos quince o veinte metros más allá, Mataa se llevó las manos al pecho dio un traspié, y cayó de bruces. La muchacha que le seguía se había detenido en seco, y, a la luz de la fogata del *luau*, Betty Kilao veía perfectamente sus ojos muy abiertos. Pero aquella muchacha no le interesaba en absoluto, y sabía que su intervención sería nula en todo momento.

En cambio, quien sí podía todavía buscar complicaciones era Keino, que todavía no había aparecido… pero apareció enseguida, corriendo también entre los arbustos hacia el grupo, y mirando con expresión crispada hacia el helicóptero que ya se estaba posando en un lado de la explanada.

De pronto, Keino vio también a Betty Kilao, que se había acercado aún más al grupo. Al verla con aquella gasa ante la boca y la nariz, el lapolandés abrió su boca, en un gesto de asombro.

Y esto fue todo.

Betty Kilao le apuntó fríamente, y volvió a disparar por dos veces. Los dos disparos, efectuados aún más de cerca que los que habían abatido a Mataa, no podían fallar, y menos aún efectuándolos la agente Baby. Keino se llevó las manos al pecho, cerca del cuello, dio un par de pasos más hacia delante, giró, y cayó quedando de espaldas, también cara al estrellado cielo hawaiano.

El helicóptero terminó de posarse en el suelo, y de él saltó rápidamente Doto Kinuu, que llevaba también ante la boca y la nariz una compresa como la de Betty Kilao. Ésta le hizo rápidas señas, indicando luego en la dirección que había quedado Tikaao Mantoo, y el ex jefe del Servicio Secreto de Lapoland corrió en pos de la espía más peligrosa del mundo, hacia donde había quedado el juerguista presidente.

Segundos después, el hercúleo Doto Kinuu reaparecía entre los arbustos, con el cuerpo de Tikaao Mantoo sobre su hombro derecho. Soportando sin dificultad ninguna la carga del atlético presidente de Lapoland, Kinuu corrió hacia el helicóptero, acompañado de Baby, que tiró dentro del aparato su maletín, ayudó a Kinuu a colocar dentro a Mantoo, actividad en que también la ayudaba Ankiio, que era el encargado de los mandos del helicóptero, y, poco después éste reemprendía el vuelo, alejándose de la villa del 18 de Kainapau Place.

Las cosas, o se hacen bien o no se hacen.

Capítulo VIII

Las miradas de todos estaban fijas en la pantalla donde la gruesa raya negra oscilaba violentamente arriba y abajo. El único que no podía ver su propio gráfico de maldad en la pantalla era Tikaao Mantoo, que permanecía en la camilla. Todavía seguía amordazado, y sujetos sus pies por la tira de esparadrapo que le había colocado Betty Kilao en el jardín de la quinta, Pero sus manos ya no estaban atadas a la espalda, sino sobre el pecho, de modo que había podido ser acostado normalmente sobre la espalda.

—Bueno —refunfuñó Doto Kinuu—… yo creo que ya es suficiente, Kaabal.

Kaabal Onooku estuvo todavía mirando ceñudamente la pantalla durante unos segundos. Luego, fue adónde iba saliendo el rollo de papel con el gráfico marcado bien visiblemente, arrancó la parte que había salido, y, tras mirarla concienzudamente, como si lo que reflejaba la pantalla no fuera suficiente, musitó:

—Sí… Ya está bien.

—¿Cuál es el resultado? —preguntó Betty Kilao, colocada a un lado del presidente de Lapoland.

—El resultado está clarísimo, y puede verlo usted misma —dijo Kaabal, acercándose a ella y tendiéndole la tira de papel—. Y por si quiere saber el grado de maldad de nuestro amado presidente, es de ocho-nueve-uno.

—¿Tanto? —exclamó la falsa nativa polinesia.

—Puedo dedicar todo el tiempo que usted quiera a explicarle cuál es el proceso, para que llegue a estas definiciones del maldad. Pero creo que a usted le será mucho más sencillo comparar su propio gráfico con el de Tikaao Mantoo. Por cierto, no sé si usted recuerda el grado de maldad del criminal al que examiné. Era de ocho-siete-uno… es decir, que Tikaao Mantoo todavía la sobrepasa en veinte puntos.

—Bueno, verdaderamente…

—Le voy a matar —jadeó Doto Kinuu—… ¡Voy a matar a este puerco miserable!

—Espere un momento —respingó Betty Kilao—. Convinimos bien claramente que, si yo intervenía en esto, las cosas se harían a mi manera, señor Kinuu.

—Sólo hay una manera de hacer las cosas, con cerdos como éste —exclamó Kinuu—. ¡Y ésa es la manera que yo voy a utilizar, pese a quien pese!

—Espere un momento —sonrió torcidamente Kaabal Onooku—… Quizás a Baby se le ocurra qué cosa, mejor que ajusticiarlo, se puede hacer con un hombre cuyo índice de maldad es de ocho-nueve-uno. ¿Se le ocurre a usted algo, señorita Connors?

—La verdad es que no —murmuró ésta—. Pero tampoco me parece muy juicioso asesinar fríamente a un hombre, sólo porque un aparato haya hecho unos cuantos garabatos.

—Mire —dijo secamente Kinuu—, todo está y estaba preparado desde el primer momento para la ejecución de Mantoo, porque nosotros sabíamos perfectamente que era un canalla. Usted misma lo acaba de comprobar. ¿Por qué tener, pues, que esperar más? ¿Qué otra cosa puede hacerse con tipos de esta catadura, sino eliminarlos?

—No sé —vaciló todavía Betty Kilao—… ¿Dice usted que lo tenía todo preparado, señor Kinuu?

—Bueno, unos preparativos muy simples, en realidad. Todo consiste en llevarlo a una habitación que hay aquí al lado, y dispararle un balazo al corazón. Es un método sencillo, y que resuelve todas las cosas de una vez.

—¿Quiere decir que está usted dispuesto a disparar fríamente contra una persona?

—La verdad es que no me hace nada de gracia —refunfuñó Doto Kinuu—… Y si quiere que le sea sincero, en el fondo, en todo momento he tenido la esperanza de que se encargaría usted de ello.

—¿Por qué había de tener semejante esperanza? —se sorprendió Betty Kilao.

—Bueno… Ahora que la conozco, me parece que voy a decir una brutalidad, pero lo cierto es que el nombre de Baby está asociado a no pocas muertes, en acciones de espionaje. Incluso se dice que es

usted capaz de matar fríamente a cualquiera. Y, claro, pensando en todo esto, yo tenía el convencimiento de que usted se encargaría, con mucho gusto, de matar a Tikaao Mantoo. No me interprete usted mal…

—Siga.

—En lo que a mí respecta, nunca he matado a nadie de este modo, y en cambio, según se dice…

—Está bien —cortó secamente la espía internacional—. En definitiva, ustedes han condenado a muerte a Tikaao Mantoo, y en todo momento han tenido la idea de que fuese yo la ejecutora. ¿No es así?

Doto Kinuu y Kaabal Onooku se miraron, entre aliviados y turbados.

—Ya le digo que ésa era mi esperanza —farfulló finalmente Doto Kinuu—. Sólo tenemos que llevar a un cuarto, aquí al lado, a Tikaao Mantoo, yo le entrego a usted una pistola, y…

—Está bien —interrumpió ahora ya fríamente Baby—. Me encargaré de ello, señor Kinuu.

—¿De veras lo va a hacer? —exclamó el espía lapolandés—. Se lo vamos a agradecer, todos, muchísimo. Le aseguro que nuestra intención…

—Según parece, sus intenciones coinciden con las mías, que en definitiva siempre han sido las de eliminar de este mundo a las personas que lo han convertido, y todavía insisten en convertirlo más, en una pocilga, en la que ellos se llevan la basura más sustanciosa.

—Bueno —sonrió a medias Kinuu—, tiene usted un modo de hablar…

—Sea cual sea mi modo de hablar, ya he dicho lo suficiente. Vamos a terminar, de una vez, con este asunto. Tengo que ocuparme inmediatamente de proseguir la búsqueda de mi compañero Harry Dillman.

—De acuerdo —asintió Kinuu—. Y por supuesto, nosotros haremos lo posible por ayudarla en ello.

—Está bien. Terminemos de una vez.

Doto Kinuu volvió a asentir, miró a Diko y Ankiio, que permanecían cerca de la puerta, mirando con tensa expresión a la mujer que ahora se llamaba Betty Kilao, y que parecía una nativa de

las Hawai, y les hizo un gesto, señalando a Tikaao Mantoo. Los dos fornidos lapolandeses se acercaron al presidente de su país, ayudaron a Kaabal Onooku a retirar todas las conexiones de electrodos, y, pese a una cierta resistencia por parte de Tikaao Mantoo, e ignorando los esfuerzos que éste hacía por hablar, Ankiio se lo cargó en un hombro, y, seguido por Diko, salió del pequeño cuarto donde estaba instalado el True Bad Detector… Mientras tanto, Kaabal Onooku había sacado su pistola, de la cual extrajo el cargador, dejando en éste solamente una bala. Tendió el arma a Brigitte, que la empuñó con gesto resuelto, y cuando la espía se dirigía adonde había dejado su maletín, que contenía ya su pistolita y el tubo-fusil que había prestado a Kinuu, éste se adelantó y tomó el asa del maletín.

—No se preocupe por su equipo. Yo se lo guardo hasta que termine usted su cometido. No tiene por qué molestarse, llevándolo arriba y abajo.

—Tiene tazón —asintió Betty Kilao.

Salieron los tres del cuarto, y fueron por el pasillo hasta la puerta frente a la cual estaban ya Diko y Ankiio, esperando. Sin decir una sola palabra, Betty Kilao entró en aquel cuarto, cerró la puerta, y se quedó mirando a Tikaao Mantoo, que había sido depositado de pie en el suelo, y se apoyaba de espaldas en la pared de la izquierda.

Durante unos segundos se estuvieron mirando, hasta que la espía sonrió fríamente, y fue a colocarse en el centro del cuarto. Alzó la pistola y apuntó con ella al pecho del presidente de Lapoland.

—Bueno, señor presidente —deslizó con voz gélida—, me parece que ha llegado usted al final de su camino. Y le aseguro que no es para mí ningún trauma disparar contra una persona que tiene un índice de maldad de ocho-nueve-uno. Adiós, señor presidente.

Plop, chascó la pistola cuando Betty Kilao apretó el gatillo.

Frente a ella, a menos de tres metros, Tikaao Mantoo, que la había estado mirando con los ojos muy abiertos, dio un grotesco salto, mientras sus manos, sujetas ante el vientre con tiras de esparadrapo, subían en un gesto frenético hacia la zona del corazón. Cayó de bruces al suelo, muy cerca su cabeza de los pies de Betty, y, tras un breve estremecimiento, quedó inmóvil.

Betty Kilao estuvo unos segundos mirándolo. Luego,

tranquilamente, se dirigió hacia la puerta del cuarto, la abrió, y salió. En el pasillo estaban esperándola Doto Kinuu, Kaabal Onooku, y sus incondicionales Diko y Ankiio.

—¿Lo ha hecho? —exclamó Kaabal.

—Por supuesto —le miró, sorprendida, Betty.

—Efectivamente, lo ha hecho —intervino en la conversación una voz desconocida, a espaldas de Betty Kilao.

Ésta se volvió vivamente hacia el fondo del pasillo, y se quedó mirando, con evidente sorpresa, al hombre que había aparecido y que, sonriendo duramente, se acercaba al grupo. Tras el instante de sorpresa, Betty miró a Kinuu, y exclamó:

—¿Quién es este hombre?

—Mi nombre es Semion Utchinenko —dijo el recién aparecido—… Naturalmente, Baby, soy un agente de la MVD soviética… a la que tantísimo viene fastidiando usted, desde hace muchos años.

—¿La MVD? —musitó con un hilo de voz Betty Kilao.

—Efectivamente —insistió el hombre que había dicho llamarse Semion Utchinenko—… Y no debería usted sorprenderse tanto de que, finalmente, un agente ruso hubiese cazado a la escurridiza agente Baby.

—Pero… ¿qué significa esto? —exclamó, con voz aguda, la espía más peligrosa del mundo, mirando a Kinuu—. Kinuu… ¿qué significa esto?

—Se entenderá usted mejor conmigo que con Kinuu —intervino de nuevo Semion Utchinenko—… A fin de cuentas, tanto Doto Kinuu como Kaabal Onooku, y Diko y Ankiio, han estado trabajando a mis órdenes, en todo momento.

—No es verdad —jadeó Betty—… ¡No es cierto!

—Lamento decirle que sí —rió Utchinenko—. Mejor dicho, no lo lamento en absoluto. Sería una estupidez que cuando, finalmente, un simple y modesto agente ruso caza a la agente Baby, lo lamentase. No sé si se da usted cuenta del alcance total de la jugada que he planeado de principio a fin, señorita… ¿Connors? ¿Betty Kilao? ¿Cuál es su verdadero nombre, Baby?

—Lili Connors —susurró ésta—. Este es mi verdadero nombre.

—Yo no lo creo así. En todo momento, usted ha estado apareciendo ante mis colaboradores con diferentes aspectos y nombres… ninguno de los cuales, tanto los nombres como los

aspectos, podían ser los verdaderos. En cuanto a mí, no me parece que sea momento de insistir en ese sentido, ya que muy pronto sabremos en Moscú todo cuanto pueda saberse de la agente Baby, desde que nació hasta que… Hasta que la última parte del plan sea llevada a cabo.

—¿Qué plan? ¿De qué está usted hablando?

—No es demasiado complicado, después de todo —sonrió Semion Utchinenko—. Resulta que, hace un tiempo, los rusos venimos intentando un acercamiento a Lapoland. Comenzamos por hacerlo a un alto nivel, es decir, enviando a adecuados representantes a visitar a Tikaao Mantoo. Éste atendió muy amablemente a nuestro representante, pero le hizo comprender muy pronto que, bajo ningún concepto, estaría dispuesto a aceptar directrices que tuviesen el más pequeño parecido o reminiscencias comunistas. La actitud del señor Mantoo disgustó profundamente en Moscú, como es de suponer.

—Ustedes no tenían derecho a disgustarse, ni a nada —dijo Betty Kilao—. Cada país tiene derecho a…

—Sí, sí, sí —la interrumpió muy amablemente Semion Utchinenko—… Todo eso ya lo sabemos, señorita Connors. Pero también la CIA sabe que, en efecto, todos los países tienden a seguir su propio camino, y ambos sabemos que ha intervenido en no pocas ocasiones, a fin de que el camino de tal o cual país se dirija del modo más directo posible hacia los Estados Unidos. No vamos a discutir sobre ideología y conveniencias políticas, puesto que los dos estarnos ya un poco saturados de esto. El hecho cierto es que, a Rusia, tanto por la situación de Lapoland como por otros pequeños detalles, que ni vienen al caso ni le interesan a usted, tenía una marcada preferencia por el país que dirigía Tikaao Mantoo. La tajante negativa de éste, y su evidente aversión hacia el comunismo, dio mucho que pensar en Moscú, y finalmente, se decidió poner en estudio un plan que pudiese… quitar de en medio, de un modo u otro, al presidente de Lapoland.

—Y han conseguido que yo lo asesine —exclamó Baby.

—Bueno, esta idea la sugerí yo. Resulta que, como usted comprenderá, en Moscú están hasta las mismísimas narices de la agente Baby, y últimamente, después de lo ocurrido en el mar Báltico, con las maniobras de la OTAN, respecto a las cuales usted

desbarató un importantísimo plan soviético… decía que últimamente, debido a toda su trayectoria y sobre todo al último quebranto que nos ocasionó usted con el asunto de las maniobras de la OTAN, se había decidido organizar una reunión de agentes de la MVD de altísimo nivel, a fin de realizar una intensísima campaña, destinada a acabar con usted, de una vez por todas.

—Eso es hacerme un altísimo honor —sonrió, de pronto, Betty Kilao.

—Un honor merecidísimo —sonrió a su vez Semion Utchinenko —… Bien, no voy a cansarla con toda una serie de detalles, una reunión inicial que se hizo en uno de los despachos del directorio… Voy a pasar directamente al grano. Debido a una pequeña idea que yo aporté, fui seleccionado para terminar con usted. Mi idea fue que podíamos mezclar la desaparición de escena de Tikaao Mantoo con la desaparición de escena de la agente Baby. Así pues, se organizó todo, y se eligió como punto de trabajo las islas Hawai. Concretamente, Honolulu, donde nos encontramos ahora… Un clima muy agradable, ¿no le parece?

—Mucho —asintió Betty Kilao—. Tanto que, según entiendo ahora, Tikaao Mantoo y sus hombres vinieron aquí realmente sólo a pasar unas vacaciones, lo más agradables posible.

—En efecto —asintió Utchinenko.

—Y para pasar unas vacaciones, parece que es muy razonable escoger un lugar diferente a aquel en que nos desenvolvemos normalmente —continuó Betty Kilao—… También las mujeres, la comida, la bebida, el sol, la música… Si todo es diferente, si además de divertirnos aprendemos algo, todo resulta más agradable. Por eso, con toda tranquilidad y derecho, Tikaao Mantoo se vino a las Hawai.

—Sí, sí, exactamente. Digamos —sonrió Utchinenko—, que Mantoo es un hombre un tanto… golfo, ya que debía haber mostrado un poco más de seriedad, a la hora de sus vacaciones.

—Quizá —admitió Betty Kilao—. Pero lo estaba haciendo tan discretamente que si nosotros no fuésemos la CIA y la MVD, ni siquiera nos habríamos enterado. Y por otra parte, he comprobado que, para los lapolandeses, realmente, esa cuestión de divertirse con unas muchachas polinesias no tiene más importancia que la de tomar unos zumos de frutas tropicales o bañarse en una playa de

aguas que para ellos deben ser casi calientes.

—Así es. Pero no discutamos esto, por favor. Le estaba explicando a usted que fui seleccionado debido a mí… aportación mental para el plan que debía acabar con usted. Se organizó todo, y se pensó en las Hawai… naturalmente porque Tikaao Mantoo iba a venir aquí, lo cual nosotros sabíamos perfectamente. La MVD movilizó su personal más capacitado y discreto para que, en las Hawai, concretamente en Honolulu, localizase a un agente de la CIA Ese agente de la CIA elegido fue Harry Dillman. Una vez conseguido esto, entró en funciones Doto Kinuu, engañando completamente a Harry Dillman, o cuando menos, exponiéndole el asunto de tal modo que Harry Dillman decidió que, como mínimo, valía la pena que la agente Baby supiese que algo que podía ser extraordinario estaba pasando en las Hawai. De aquí viene todo eso de la nota, su llegada, la desaparición de Harry Dillman… en fin, todo eso que usted ya conoce muy bien.

—Sí —susurró Betty Kilao—, en realidad, ya he comprendido toda la jugada, Utchinenko. Ahora sólo me interesa saber dónde está Harry Dillman.

—Espere un momento. Usted todavía no ha comprendido toda la jugada… Al menos, no todo su alcance. ¿Por qué cree que la hemos inducido a entrar en ese cuarto para asesinar a Tikaao Mantoo?

—No sé… ¿Por qué?

—Pues porque en esa habitación, debidamente oculto, está el objetivo de una cámara que ha filmado el frío asesinato cometido por una muchacha polinesia… Muchacha polinesia que aparecerá, tal como la estoy viendo yo ahora, en una película, que será distribuida para todas las televisiones del mundo. En esa película habrá también un momento interesantísimo: aquel en el que la muchacha llamada Betty Kilao, con su aspecto de polinesia, es desenmascarada bien a la vista, y sin que haya truco alguno hasta que aparezca el verdadero rostro de usted. Usted, la persona que naturalmente será identificada por nosotros, presentada al mundo entero como la agente Baby y como la ejecutora de Tikaao Mantoo… ¿Qué cree que ocurrirá seguidamente?

—No lo sé —susurró Baby—… Pero es una gran jugada, Utchinenko. Le felicito.

—Gracias. Lo que ocurrirá inmediatamente es muy sencillo.

Nuevo desprestigio para los Estados Unidos, que serán acusados, esta vez sin paliativos de ninguna clase, como asesinos… Y como es de esperar, dados los hechos, las personas que se hagan cargo del gobierno de Lapoland, se inclinarán, decidida y abiertamente, hacia Rusia. Es decir, dos grandes logros en una sola acción. Y por si esto fuera poco, señorita Connors, ¡por fin la MVD habrá terminado, de una vez por todas, para siempre, con la agente Baby!

Para sorpresa de los cinco hombres, la agente Baby alzó las manitas y aplaudió graciosamente.

—¡Bravo! —exclamó—. ¡Bravo, bravísimo! Perfecto, Utchinenko. Y ahora, para que yo quede al corriente de todo, dígame: ¿dónde está mi compañero Harry Dillman?

—En el fondo del mar —replicó, secamente de pronto, Utchinenko—. Su compañero Harry Dillman, su Simón, fue, naturalmente, ejecutado, llevado mar adentro y echado al fondo, con el conveniente lastre, para que nunca jamás sea hallado. ¿Tiene alguna pregunta más que hacer?

—No —negó Baby, que estaba ahora palidísima—… Ninguna pregunta que hacer, Utchinenko. Pero sí tengo algo que decir: dentro de dos horas, le mataré.

Semion Utchinenko inició una sonrisa… y así fue como cayó fulminantemente dormido al suelo. Pero no fue él el único en rodar por el suelo. Todos los que estaban allí, incluida la agente Baby, se desplomaron unos sobre otros, en aquel trozo del angosto pasillo de la pequeña casita, en Halekoa Drive.

Este es el final

—… Así que mientras todos creían que el presidente Mantoo y yo estábamos haciendo el amor en su habitación, y escogiendo un *sarong*, lo que realmente ocurrió fue que yo me sinceré con Mantoo, explicándole cómo estaban las cosas. Inmediatamente, nos pusimos de acuerdo para engañar a Doto Kinuu y Kaabal Onooku, y así, cuando el primero llegó con el helicóptero, la comedia estaba bien preparada. Yo sabía que estaban intentando engañarme, y quería llegar hasta el final, hasta saber dónde estaba Harry Dillman… En cuanto supe que lo habían asesinado, perdí interés por todo, incluido el ruso Semion Utchinenko.

—¿Qué pasó con el ruso? —preguntó una voz en la penumbra.

Como otras veces, Brigitte Baby Montfort estaba en una de las salas de juntas de la Central de la CIA, y, frente a ella, la amplia mesa ovalada donde unos hombres que eran apenas unas sombras con pretensiones de no ser identificados por la espía internacional, se habían dignado recibirla, por petición de ella misma.

—Lo maté, naturalmente —contestó Brigitte, tras una pausa—. Y espero que eso no les sorprenda.

—No. Pero… ¿no habría sido mejor traerlo a Estados Unidos para devolverles la jugada a los rusos, enviando a todo el mundo una película para televisión, con la pretendida jugada de la MVD?

—Ustedes saben que eso habría complicado las cosas. Y saben también que si trabajo para la CIA es para conseguir siempre todo lo contrario: evitar los enfrentamientos de cualquier clase.

—Está bien. Sería absurdo discutir con usted algo que ya aceptarnos hace tiempo, Baby. Como siempre, fue usted muy inteligente.

—Es un truco, ya muy viejo en mí, el de colocarme en una rodilla o muslo una ampolla de gas, reventarla con una presión de piernas de modo que todos los que están conmigo y yo misma nos

durmamos, y que entonces intervengan mis Simones… En esta ocasión, ellos sabían que si media hora después de haber entrado en la casa de Halekoa Drive no había salido, debían entrar y hacerse cargo de la situación hasta que yo despertase. Así sucedió. Y cuando desperté, maté a Semion Utchinenko, y entregué al presidente de Lapoland los traidores Doto Kinuu y los otros tres. En estos momentos, todos están en Lapoland, y los traidores serán juzgados, de acuerdo a las leyes de ese país.

Se oyeron algunas risas amables.

—Pero… ¿no había matado usted a Tikaao Mantoo?

—Celebro que mis trabajos les diviertan —sonrió la divina—. Naturalmente que no lo maté. Disparé de modo que la bala no le acertase, y él demostró ser un gran actor, simulando recibirla en el pecho.

—Lo que significa que usted presentía alguna jugada así.

—Comencé a pensar en ella, cuando me dijeron que para matar a Mantoo tenía que hacerlo en otro cuarto. Era una tontería. Pero no quiero pasarme de lista: sabía que estaban tramando algo, pero no sabía qué era exactamente. De todos modos, claro, no iba a matar a Tikaao Mantoo. En fin, él se hizo cargo de los traidores, llamó a sus hombres, que habían quedado en la quinta del 18 de Kainapau Place, y asunto concluido. Aunque ya sé que no sirve de nada, Harry Dillman tiene ahora compañía en el fondo del mar; el cadáver de su asesino, Semion Utchinenko.

—Está bien… Como siempre, aceptamos su decisión. ¿Desea algo más de nosotros?

—Claro que sí —alzó las cejas Brigitte—. No he pedido audiencia para contarles algo que, como es habitual en mí, podía haberlo hecho por medio de una cinta grabada, con todo el relato y con la final declaración triunfante de que el presidente de Lapoland, en un futuro cercano, admitirá conversaciones amistosas y de cooperación con Estados Unidos.

—La patria le agradece que haya usted facilitado un nuevo asentamiento amistoso en Europa, desde luego. Bien…

—Quiero el TBD, señores —cortó Brigitte—. Lo entregué a Simón-Honolulu para que lo enviase aquí. ¿Serán tan amables de entregármelo?

—Ejem… Bien, ocurrió un estúpido accidente… El caso es que

ese maravilloso aparato se ha perdido para siempre: cayó al mar, y no hubo ni habrá ya modo de recuperarlo. Lo sentimos mucho, claro está.

—Me lo temía. Pero, señores, si bien tengo que consentir esa sucia jugada de ustedes, no les consiento que me llamen tonta. Ustedes saben perfectamente que no lo soy.

—¿Qué quiere decir?

—El *True Bad Detector* fue hundido a propósito, por orden de ustedes. Y les diré por qué: porque ustedes sabían que yo tendría la… inquietante idea de proponer el empleo de ese aparato para efectuar una… criba y selección de todo el personal norteamericano con cargos relacionados con la dirección y bienestar del país. Y ninguno de ustedes, ni siquiera nuestro Presidente, estaba dispuesto a pasar por semejante prueba. ¿No es así, caballeros?

Hubo un breve silencio, antes de que se oyera una voz, tensa:

—Sus fantasías no nos hacen gracia ahora, Baby.

—No son fantasías —rió ella—… Aquí, lo único que ha sido una completa fantasía ha sido esa maquinita de la maldad. Vamos, vamos, señores… ¿no han comprendido todavía que no puede fabricarse un aparato así, por las buenas? Fue una jugada divertida de Semion Utchinenko, simplemente.

—Pero usted fue sometida a la prueba, y…

—Tonterías… Al principio, tenía mis dudas respecto a la veracidad de aquel invento, pero me convencí plenamente cuando Kaabal Onooku dijo que mi índice de maldad era cero-cero-cero. Sus deseos de halagarme llegaron demasiado lejos. ¡Por Dios…! Sé muy bien que no soy perfecta, que hay en mí algo de maldad, pues, de otro modo, no odiaría, aunque sólo fuese a quienes siempre están estudiando el modo de avasallar los derechos humanos, o a quien mata a un Simón… Es posible que, en una máquina así, mi índice fuese el de cero-cero-uno.

O quizá, cero-cero-nueve… Cualquier cosa menos cero-cero-cero, porque ese índice no lo posee nadie en la Tierra,… desdichadamente. Pero ustedes se lo creyeron todo, y se apresuraron a hacer desaparecer la máquina. ¿Creen que eso me ha sorprendido? Claro que no. Pero como sabía que la máquina no funcionaba, los puse a prueba a ustedes, enviándosela, a ver qué hacían con ella. Y al hundirla en el fondo del mar, me han dado la

respuesta.

—Eso ha sido una sucia trampa de usted —dijo otra voz, seca.

—En efecto. Y ustedes cayeron en ella. Debieron comprender, desde el primer momento, que había un auténtico Detector de Maldad funcionando.

—¿En qué quedamos? ¿Existe o no existe ese detector de maldad?

—Existe.

—¿Y… dónde está?

—Aquí. Delante de ustedes, caballeros: Brigitte Baby Montfort. Buenas tardes. Les deseo a todos un feliz descanso… si pueden.

FIN